

T E M A S E S P A Ñ O L E S



2
pts.

G-F- 2206

Comarca del **CEBRERO**

TEMAS ESPAÑOLES

Núm. 209

LA COMARCA DEL CEBRERO

Por

JOSE LUIS SERRANO LAFITA

Dibujos de ALFONSO CARBONEL

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
O'DONNELL, 27 - MADRID
1955

DG
CS
A

El autor agradece a sus amigos gallegos, y en especial a Constantino Lagarón, el asesoramiento prestado, decisivo para el contenido del folleto.

LA COMARCA DEL CEBRERO

A L B O R A D A

*Qué contento vou a estare
cando chegue a ver o Neno;
daréille o meu corazón
que é o mellor de canto teño.*

*Con un sombreiro de palla
un gallego ó portal foi;
mentras adoróu o Neno
comeulle o sombreiro o boi.*

(Cantos de Nadal)

*Préndete nos meus brazos fada miña
ino-los dous xuntiños a falar
do noso amor cabo de souto espeso
n'esta claraña noite de luar.
¡Ay, qué fermosa, qué fermosa eres!
A lua os teus feitizos quer mirar
e os seus pálidos rayos entr'os pinos
buscan un sitio pra' sta aquí chegar.*

*Ninguén nos ve non temas miña rula
que o noso ardente é verdadeiro amor
é puro como aquel que alá no Ceo
os Anxeles profesan o Señor*

*Apoya a cabeciña no meu peito,
así miña xoiña meu querer;
quero enredar nos teus cabelos rizos
quero a tua cara feiticeira ver.*

(Balada)

PORTELO: A MODO DE INTRODUCCION

Bon vai ó romeiro, des que l' esgüege o bordón.

Rou, rou, facer ó que rey mandou.
Home sentado non fai bon mandado.
Non erra, quen os seus semella.

Escudeiro mancebo, déitate tarde, levántate cedo.

Quen xoga c'o ferro, xoga c'o demo.
Lanza larga po-la neve, non hai diaño que cha leve.

Quen non ten esforzo, fuxe mais que corzo.

Marzo marzan, po-la mañana cara de roxas, po-la noite cara de can.

(Refranes populares gallegos)

Sería vano, y al par atrevido intento, el pretender ahora describir los valores de toda índole de la hermosa región gallega. Como preámbulo, hemos de señalar que lo que interesa a nuestro intento es ir escarbando y escudriñando en la geografía costumbrista de nuestra Patria, para poner al descubierto sus más entrañables secretos. En otros términos, y glosando al Fundador (sirvanos de justificación para la audacia lo exacto de la idea), tranquilos en cuanto

R. 45622



T. 52828
C. 1066236

al ritmo y medida de la lira, hemos de buscar apasionadamente, y en cada caso, el sonido de la gaita.

Al igual que podría decirse de cualquier otra región de España, Galicia ofrece unos matices generales comunes a toda la región, bajo los cuales existen apreciables variantes. Y es que al hablar de Galicia, por los que no son naturales de ella, se piensa siempre, y de un modo subconsciente, en el mar; y se la ve verde, húmeda, fragante y delicada, veladamente luminosa bajo los rayos del sol, siguiendo el recortado contorno de sus costas, ahora abruptas y bravías, con los profundos entrantes de sus rías, ahora con sus playas tendidas amorosamente, entregándose a las caricias de las salobres aguas.

Otra versión generalizada de Galicia (bastante corriente entre veraneantes defraudados) la evoca bajo los misteriosos e impalpables velos de sus nieblas o del manso «orballo», pero siempre poética, acariciadora, femenina y preñada de «saudade». ¡Galicia!, «onde en cada recuncho hai unha erba nova e un recendo acelmoso», que dice Ramón Cabanillas, «mestre de lírica y señor da lingua gallega».

En cuanto a la tierra adentro... Algunas veces se habla de los grandes valles que llegan hasta la costa. Pero Galicia, insistimos, desde el «exterior de la Región», y para el resto de España, es el mar y las rías. ¡Las rías!, cada una con su acento propio; más duras y bravías, las altas; suaves y como amorosas, las bajas; pero todas dotadas de una belleza indescriptible.

Pero ¿y del interior?, ¿de la extensa zona montañosa gallega? Esta es casi desconocida para el español procedente de otras regiones, y si lo que pretendemos es «buscar en cada caso el sonido de la gaita», encontrar en su fuente más auténtica los usos y costumbres tradicionales, aquí precisamente se ha de fijar nuestra atención y estudio, porque en la costa el mar es camino de civilización y, por tanto, puerta de en-

trada de influencias y contaminaciones.

¡Y qué hermosa es también esta Galicia desconocida!, por cuyo regazo esmeralda corren las estribaciones de la cordillera vasco-cantábrica, poniendo una nota viril y bravía de altos picachos coronados de nieve y envueltos en niebla y celliscas. Comarcas ahora quietas y apacibles, que en otros tiempos conocieron el fragor de innúmeras contiendas, donde lucharon y se cruzaron las razas más distintas y cuyas enhiestas rocas (dignas de haber sido testigos presenciales de las fabulosas andanzas de Luts, compañero de Hércules, o del mítico fundador Olucón) parecen aún esperar volver a servir de asiento a las hogueras guerreras, o poder repetir el eco de los roncros cuernos de combate de los viejos celtas.

Tierra de «meigas», «trasnos», «luminias» y «negrumantes». De piedras rituales que, iluminadas por la luna, evocan bárbaras ceremonias, presididas por los bardos druidas de segur de oro y lira de plata; de montes y valles que en las noches ven encenderse las verdes luminarias de la «Compañía», mientras por el día sus castros y calzadas nos hablan del paso de las legiones de Roma.

Tierra de cuevas, «cadoiros» o cascadas y fuentes misteriosas; leyendas y tradiciones históricas, de romances de moros y lobos, consejas y cuentos milagrosos. En donde el humilde y devoto campesino conserva en sus costumbres el eco de ancestrales y perdidos cultos al fuego y a los astros, y narra al par hechos prodigiosos que presenciaron sus abuelos, cuya prueba fehaciente perdura en las ermitas y monasterios que jalonan sus campos y aldeas. Cruzada por las empinadas revueltas del camino de Santiago ve derrumbarse las torres de las fortalezas y perderse los escudos de los palacios medievales, que acusan la presencia de una arriscada y soberbia nobleza, mientras el recuerdo de los monumentos desaparecidos señala el paso incendiario, sangriento y sacrilego de los ejércitos de Napoleón.

Pero si nos ponemos a hacer un estudio exhaustivo de la Galicia interior corremos el riesgo de convertir el trabajo en una pesada y árida, al par que forzosamente elemental, geografía descriptiva. Para que nos quede espacio dedicado a escarbar un poco en la entraña popular, nos limitaremos a «examinar» una zona representativa.

De la extensa zona montañesa gallega hemos elegido la correspondiente a un partido de la provincia de Lugo: el de Becerreá. Formado por el Ayuntamiento del mismo nombre y los de Neira de Jusá, Los Nogales, Piedrafita del Cebrero, Cervantes y Triacastela, que agrupan un nutrido número de pueblos y aldeas, la razón fundamental de la elección vamos a darla con las mismas palabras que emplea el erudito don Manuel de Amor Meilán: «Puede asegurarse que es una de las comarcas gallegas donde más puro se conserva el tipo de la raza y más vivas se mantienen las costumbres de nuestros antepasados. Piedrafita, Cervantes y Triacastela son una buena prueba de lo que afirmamos.» Y además, añadimos por nuestra cuenta, allí esta El Cebrero, de cuyo valor, fundamentalmente espiritual, da fe el hecho de que S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, lo haya visitado recientemente, a pesar de su apartamiento y difícil acceso, reanudando así una antigua tradición que señalaba la conveniencia de que las Cabezas visibles de la Nación, en ruta a Santiago, visitaran el lugar donde ocurrió el famoso milagro, cuyas pruebas aún perduran.

Y pasemos al rápido examen de la comarca. De complicada orografía, la cordillera vasco-cantábrica tuerce en esta zona, haciendo un violento recodo que sigue las elevadas cresterías de los Picos de Ancares y forma la divisoria con el Reino de León, continuando, ya dentro de la provincia de Lugo, con la alta «Pena Rubia», y más al Sur, por el Puerto de Piedrafita, hacia las sierras del Cebrero y de Horta, donde se encuentran las fuentes del río Navia. Luego, revolviéndose al Norte, la línea prin-

cipal continúa por el monte de Meda, Peña del Pico, el Cádabo, avanzando por la sierra de Meira hasta el Cordal de Neda, y así sucesivamente llegaríamos hasta la Estaca de Vares.

Dentro del partido, una inextricable serie de «penas», «chas o chaos», altos, cotas, «picatos y picoutos», «penedos», «pedras», lomas, gándaras, castros y brañas se ramifican y entrecruzan, rindiendo pleitesía a las altas cumbres del Cebrero, eje de todo el sistema. A este respecto señalamos que, en opinión de Manuel Murguía, el nombre de Cebrero es de ascendencia céltica, como el Cevenne francés, con una significación originaria equivalente a «espinas dorsales», equivalencia plenamente justificada.

La maraña orográfica está constituida por las sierras de los Altos, Corcos y Villamane, en Becerreá; las de Trapa y Lozorto, en Los Nogales. En Cervantes, y dejando aparte los Picos de Ancares, que forman el límite oriental del municipio, encontramos las importantes sierras de Outeiro y Requejío, las de Albela y Braña, la Meda y Ateda, con las últimas estribaciones del Oribio, que avanzan desde la vecina Sarria, en Triacastela; el simbólico macizo del Cebrero en Piedrafita, la sierra «do Galo» en Neira de Jusá, y la de Lózara, que se reparten entre el partido que estudiamos y el de Quiroga, completan el sistema, al que en escala de importancia descendente se podrían añadir muchas docenas de nombres.

Escondidos entre las altas montañas, los pequeños valles. Que si hermosísimos, exuberantes y pródigos son los grandes de la provincia, tal como el próximo valle de Oro en Vivero, del que se dice: «Si as penas de Oirán foran pan, as de Frousaira de manteiga y o río d'ouro viño mouro, ¡Quén podía co vale d'ouro!», éstos, recogidos y humildes, más mimosos y dulces, tienen una belleza tímida y pudorosa, que parece asustarse de la plena luz, cubriéndose tras mantos de bruma y velos de niebla, con los que lucha arduosamente el sol, ofreciéndonos, cuando consigue

BREVE RESUMEN HISTORICO

*Qui ipsorum lingua celtae, nostra Galli
[apellantur.*

deshacerlos en impalpables jirones, un cuadro encantador, de suaves y hermosas calidades, paz infinita y patriarcal calma. Verdes valles como los de Pol, Oselle, Lejo y Alfoz, donde se cultivan hasta en increíbles bancales robados a la montaña cereales, patatas, garbanzos, remolacha..., llegando al humilde nabo forrajero; ornados de nogales, avellanos y frutales. Verdes praderías de Cervantes y rientes márgenes del Navia, donde pastan la rubia «vaquiña» y la tímida oveja. Después, las espesas manchas de pinos y acebos, los majestuosos y rectos eucaliptos, los robledos y castañares, como los de Valiña de la Freita y Vilarello de Donís, en Cervantes, o los Sotos de Doncos, en Los Nogales, hasta las fragas impenetrables por su extensión y espesura, refugio de rebecos, corzos y jabalíes, donde se escucha el faisán y de vez en cuando aparece algún atrevido oso asturiano.

Por los valles discurren claras corrientes de agua, diminutos arroyos en las alturas que más tarde formarán o engrosarán el Lor, Lózara, Ser, Neira, el áureo Sil y el viejo Navia, el «Navaluvión» romano, mencionado por Plinio y Ptolomeo; corrientes de agua que unas veces se precipitan en cortas y broncas cascadas, formando los «cadoiros»; otras acarician mansamente las paredes de los molinos harineros, y algunas, remansadas, son el paraíso de los pescadores por su abundancia en truchas, sábalos, panchos y anguilas, e incluso se encuentran la voraz lamprea y el plateado salmón.

Aún podríamos hablar de «covas» y «cuvelas», como las «da Meiga» y «da Moura», en Cervantes, o del rico y casi inexplorado subsuelo, sobre cuya superficie quedan los restos de numerosas «ferrerías»; de sus aguas ferruginosas, como las de la fuente existente en San Juan de Agüeira, o del clima, frío y húmedo en general y siempre duro en las alturas.

Naturalmente, al hablar de Galicia tenemos que tocar en primer término el tema céltico. Desde fecha que se pierde en la noche de los tiempos encontramos a los celtas instalados en el norte de la Península, y parece evidente que pertenecían a su primera rama, o sea la de los Galls, siendo indirectamente responsables de la onomástica de la región, hasta el punto de que no está muy claro si la estrofa de un verso de Marcial:

Gallia, Romance nomine dictae togae

se refiere a la Galia francesa, a la Braconense, o a la Gallia, Callectia, Gallecia, nuestra Galicia. De aquí que hayamos iniciado el capítulo con una cita de Julio César que podría aplicarse igualmente a cualquiera de las Galias. Y no olvidemos que algún atrevido erudito afirma, vehemente, la presencia del caudillo romano en las tierras de nuestro estudio.

Galos para los romanos, gálatas en Grecia y celtas en España, circunscribiéndonos a la comarca que examinamos, lo cierto es que sus ocupantes se cree que fueron los seurbos o seburros, que constituían una de las parcialidades de la nación celta.

Como la demarcación completa correspondiente a sus dominios tribales quedaba encerrada dentro de los límites del convenio jurídico lucense, vamos a exponer las diferentes y curiosas teorías que se han dado sobre el origen del nombre de Lugo. Dejando descansar en bien ganado reposo a los legendarios Luts y Olucón, para unos proviene de la voz Lucus (bosque), y de aquí el Lucus Augustii imperial. Para Amor Meilán y otros, su origen ha de encontrarse en el Dios céltico Lug, romanizado en Lugo, o del término Lut (altura). Francisco Carreras Candi da una versión particular. Subraya que todavía el verbo «llucar» se emplea en Cataluña y en Mallorca con un significado equivalen-

te a mirar (recuérdese, además, el «to look» inglés), y por eso la más alta cumbre mallorquina se denomina Lluchmajor. En la antigüedad pre-romana estaba muy extendido el uso del vocablo «luc» o «lluch», a veces combinado con la voz céltica «dunum», que significaba altura fortificada. De aquí Lucdunum (Lyón), Lucdunum Batavorum (Leyden), Lugu-Vallum (la actual Carlisle inglesa), y en España, y sin necesidad de buscar orígenes prestados al latín, del «luc» o «lluch» (mirador), Lugo, Lugones, Luque, etc.

Y volviendo a los recuerdos del paso de los celtas, toda la Galicia interior está jalonada por gigantescas piedras plantadas en el suelo, que miden de cinco a siete metros, aunque algunas alcanzan más altura.

Mucho se ha discutido sobre el objeto de estos misteriosos y bárbaros monumentos. Para Menéndez y Pelayo tenían un evidente carácter ritual, relacionado con algún culto perdido, opinión mantenida también por Saralegui y Medina, que las enlaza con las ceremonias y sacrificios drúidicos en los «cromlechs». Carreras Candi, que niega el criterio que sostiene que aquéllos fuesen rocas de sacrificio, añade que no deben aplicarse a España supuestos franceses, acabando con Amor Meilán en que se trata de piedras terminales o miliarias, de remotas demarcaciones.

Conocidas con el nombre de «antas» en Portugal, son llamadas piedra-fitos en España. Existían en gran número en Galicia, dice don Arturo Vázquez Núñez, a juzgar por la frecuencia con que se citan para demarcar cotos en la Edad Media, sin que sea posible su confusión con piedras miliarias, pues las primeras eran conocidas como «petra-ficta» y las últimas como «petra-scripta».

Sea cual fuere su destino, el nombre de «petra-ficta» era ya conocido en Galicia en el siglo VIII, y ha servido para dar su denominación a numerosos lugares de la provincia de Lugo, como Piedrafita de Cebreros, la de igual toponi-

mia en Neira de Jusá, Pedras Fitelas en Fonsagrada, etc.

Análogo es el caso de las piedras oscilantes («d'embade», «moventes», «cableiradas» y «aladoiras»), que para Barros Silvelo tienen un origen natural, aunque fueron objeto de una veneración profunda en el culto druida.

Estos monumentos megalíticos han servido para nombrar numerosos lugares, como «Pena Mayor», «Pena Rubia» y «Pena Boa», e incluso, ya fuera del partido, a la expresiva «Pena do Altar», en Otero del Rey.

Al lado de estos símbolos enhiestos, testimonios físicos del remoto pasado, existen otros datos actuales de la permanencia céltica. Recordemos que así como en el romanizado campo de Lugo se encuentran con frecuencia tipos humanos cuyo rostro ancho, cabeza maciza y cuadrada, nariz aguileña y redondeada barbilla descubren la ascendencia latina, así el campesino de la montaña lucense presenta en elevada proporción las características raciales celtas de la rama que Amadeo Thierry llama gaélica, cuyas notas más acusadas, según Berand, son: la cabeza más esférica que oval, facciones redondeadas, de nariz separada por una depresión en el punto de unión con la frente, al contrario de lo que pasa con la raza árabe, en la que viene recta desde su nacimiento; torax amplio y mediana estatura; el otro tipo celta, el Kímrico, se encuentra escasamente.

Y si étnicamente son celtas puros, extrañas y fabulosas supervivencias de raíz céltica hablan aún en el fondo de sus almas, sencillas y supersticiosas. Son las costumbres íntimas y ancestrales que, bajo un tinte cristiano, y a veces hasta desprovisto de él, nos traen el eco de remotos cultos al fuego, a los astros y a las fuerzas de la naturaleza. Y es precisamente aquí, tal vez por lo cerrado e inaccesible del terrero, donde es necesario ir a buscarlas: en las montañas de Cervantes y hasta en el místico Cebrero. ¿Qué son el «folión» o la costumbre de «corré-l-as olas», sino

señal o supervivencia de los usos de la raza? Costumbres que, por otra parte, tienen su exacta réplica en algunos rincones típicos de la Bretaña francesa, lo que confirma el parentesco étnico.

Son en las tierras altas del Cebrero y Ancares, y zonas montañosas de Cervantes, las originales «pallazas», especie de rústicas chozas cubiertas indefectiblemente de paja, que en su versión más primitiva, de planta circular, podemos ver exactamente reproducidas en un relieve de la columna de Trajano, donde aparecen esculpidas las primitivas viviendas de los galos. Lo que constituye una prueba más de las íntimas relaciones etnográficas que existen entre nuestros aborígenes y aquéllos.

Hablando de otros pueblos (que ésta fué comarca muy visitada, como iremos viendo), por allí anduvo el fenicio. Murguía supone púnicos los restos de una calzada que se encuentran en la sierra de Constantín. Y el griego, como atestiguan los nombres de ciertos lugares y poblados: Neira, Narón, Cela o Cella, Baamonde, Meda, etc., e incluso y claramente Samos, el célebre Monasterio, fuera del partido, pero vecino a Triacastela. Esto descontando la afición popular a la «Loita» o pugilato, y el baile de la «Muñeira». De origen oriental es también la costumbre de la asistencia a los sepelios de plañideras a sueldo; «as choronas» o «chorandeiras».

Al fin llegó Roma. Las sandalias de sus legionarios debieron de conocer y atravesar estos valles y montañas, para convertir el viejo Burgo de Lug en la Lucus Augusti romana. Y no debió de ser empresa fácil, que aquellas fragosidades hubieron de presenciar la indomable lucha de sus montañeses, paralela a la pavorosa gesta del monte Medulio, antes de su total conquista y pacificación.

Fuese el caudillo vencedor Lucio Hostilio, Publio Licinio, Décimo Junio Bruto (lo que parece más aproximado a la realidad) o el mismo Julio César, lo cierto es que la comarca fué romanizada, al menos exteriormente. Al

tiempo que Lugo veía alzarse sus murallas, pretorio, teatro y termas, y edificaba los templos de Diana, Júpiter, Hércules y Augusto, se trazaban atrevidas calzadas, una de las cuales, formando la importantísima vía militar de Astorga a Braga, cruzaba, y después, buscando su perfeccionamiento, se ramificaba en demanda de atajo por el partido objeto de nuestro estudio. Prueba todo ello del sólido asentamiento y penetración de la raza conquistadora. Los romanos, siguiendo sus costumbres, respetaron los usos y tradiciones locales, e incluso se dice que a su vez rindieron culto al dios local Endovelico.

Sobre el camino de penetración formado por la vía citada, señalada en el itinerario de Antonino Pío, se construyeron villas y fortificaciones, cuyo eco en forma de restos de castros, lápidas, monedas y sepulcros ha llegado a nuestros días. Tal vez Caranico, en el lugar de Villartelín, a la que Madoz supone originariamente capital de los seurbos; Trimalinum, en la actual Baralla, cabecera de Neira de Jusá; Ponti Nerviae, el moderno Nogales. Por Becerreá debió de radicar el pueblo de Zoelas, con su capital en el Oselle (Ocellum Gallaiorum, como el Fermo selle zamorano es el antiguo Ocellumdurii), que producía un lino tan preciado, conocido por zoélico, que se empleaba y buscaba tanto para el vestido de emperadores y patricios como para la curación de llagas y heridas.

En cuanto a las castros, es posible que los tres desconocidos castillos que dan nombre y figuran en el escudo de Triacastela fueran viejos lugares fortificados que la defendían, y de los que hay huellas todavía. Más importancia tienen para historiadores y arqueólogos el «castelo» de Noceda y los castros de Villabol, Villaesteva y Quintá. En las ruinas de este último se encontraron algunas pequeñas barras de oro, procedentes, sin duda, de minas explotadas por los romanos. Sí, aquel abrupto rincón de la geografía hispana fué sobradamente conocido en todos los espec-

tos, y en especial en el exhaustivo, por las gentes del Imperio; lo que debió atestiguar el lucense Cayo Virio Frón en la asamblea convocada en Tarragona por Adriano.

La «pax» romana, pagada a buen precio, fué interrumpida por el atroz clamor de la invasión de los bárbaros. Suevos y vándalos se derramaron por el país, pasando todo a sangre y fuego y luchando entre sí. Y fué el Cebrero el que permitió a los primeros librarse del acoso del rey vándalo Gunderico, para después, desde los valles de Quiroga, caer sobre Braga, fijándose definitivamente en la Galia bracarense. Desde allí volverían con Remismundo para apagar la lucecita hispano-romana de Lugo, que con las armas y el pacto había conseguido subsistir.

Las atroces condiciones de vida de los desgraciados habitantes del país se fueron dulcificando, como lo demuestra el hecho de que, reinando el suevo Teodomiro, se celebrase a mediados del siglo VI un Concilio, convocado por el obispo Nitigisio, con objeto de combatir las doctrinas heréticas de Arrio y Frisciliano. Sin embargo, los godos debieron de ser recibidos como libertadores, y comenzó, principalmente desde la unificación religiosa efectuada por Recaredo, otro período de calma, que había de turbar una nueva invasión, la de los hijos del Islam.

Lugo (Lek para los árabes) fué asaltada por Muza en el 714, no sin dura resistencia. Pero la penetración musulmana en el país fué muy precaria y de corta duración. Indudablemente, ocuparían los lugares que les garantizasen la libertad de comunicaciones, pero sin adentrarse en el interior, que les había de ser hostil y de difícil sujeción. Si la leyenda afirma que Sorred Fernández, Lupo Calvo y Flavio de Castro, lucenses de pro, fueron de los primeros seguidores de Pelayo, la verdad histórica asegura el escaso tiempo de dominio árabe. Y ya en el 730 ó 740 (según distintos autores), reconquistada Lugo por Alfonso I el Católico, vemos al buen

obispo Odoario volver a su sede, de la que fuera arrojado por la invasión, desde el escondite que utilizara (la comarca del Cebrero u otro sitio análogo), para dedicarse a los pacíficos menesteres de restaurar la catedral y plantar viñas, ambos clara expresión de segura permanencia. Los recuerdos moros que existen, en general, en toda Galicia son de orden posterior y relacionados con algaradas, fracasados intentos de expansión y, sobre todo, con las atrevidas incursiones de Almanzor.

El Medievo empieza a desgranar el bélico paso de sus siglos, mientras que en Compostela se enciende la lámpara votiva ante el sepulcro de Santiago. El viejo reino asturiano se va ensanchando al continuo empuje de las armas cristianas. Bermudo el Diácono, Alonso el Casto o Adfun el Rumi para la morisma, criado y educado en Samos, y la larga teoría de Alfonsos reconquistadores y pobladores van cruzando por la Historia, al tiempo que el monje Elipando proclama a Santiago «cabeza refulgente y dorada de España, muy poderoso defensor y Patrono especialísimo». La antigua iglesuca rural de «tapeas de terra» se convierte en basilica suntuosa en el 874, para dar paso a la maravillosa catedral románica del 1077. Desde la victoria de Clavijo, el Hijo del Trueno cabalgará espiritualmente al frente de las mesnadas cristianas, y desde el siglo IX peregrinos de todo el orbe cristiano acudirán a postrarse ante el sepulcro del Santo.

Luego, las contiendas dinásticas. Los forcejeos entre alguna casquivana reina, la orgullosa y encastillada nobleza y cierto obispo prerrenacentista. Contiendas que se repiten durante un turbulento período que llega a los Reyes Católicos, que «allá van leyes donde quieren reyes», y olvidados los monarcas de las sabias disposiciones del Fuero viejo de Castilla: «Son naturales al señorío del rey, que no debe dar a ningún home, nin partir de si ca pertencen a él por razón de señorío natural, Justicia, Moneda, Fonsadera e suos



yantares», los vasallos lucenses pagaban a obispos y nobles los tributos que debían al soberano. Y eso que la realeza pudo apoyarse casi cuantas veces quiso en el estado llano. Faltaba el episodio de «La Hermandad», y al fin, Isabel y Fernando pusieron brida y freno a orgullosos y rebeldes, y Alonso Fernández de Lugo, luchando dieciséis años en las Canarias, hasta dejarlas firmemente unidas a la corona de España, fué un anticipo del linaje de hombres que iban a escribir la gran aventura americana. Pero a partir de aquellos tiempos la historia gallega se había convertido en historia de España.

La comarca que estudiamos siguió las líneas generales de los avatares galaicos. Cuando en el 968 los normandos del rey Gunderedo, después de derrotar a las huestes gallegas en Fornelos, arrasaron Lugo, dando muerte a su defensor, el obispo Sisnando, fueron detenidos y vencidos por las mesnadas del conde Gonzalo Sánchez en El Cebrero. Por allí cruzaba el llamado «camino francés» de la ruta a Santiago, en demanda de los hospitales y alberguerías del famoso monasterio. A Angel del Castillo le debemos una descripción bastante exacta del mismo, que nos permite, además, hacernos una idea bastante precisa de lo abrupto y del «ambiente» del sitio. Por allí hubo de pasar Almanzor, y es de suponer que no lo hiciera sin dificultades de toda índole, sobre todo a la vuelta, que «a enemigo que huye, puente de plata»..., salvo si se lleva la hijuela. Y, a propósito de moros, existe una leyenda sobre la Torre de Agustín o de la Grupa, situada en la parroquia de Santiago de Doncos, término de Los Nogales, que dice así:

«Infestado el país de bandas de merodeadores sarracenos durante la primera época de la Reconquista, uno de los doce caballeros leoneses que, bajo juramento, se cruzaron en defensa de los cristianos que acudían en peregrinación a Santiago, vió cómo una pareja de fieles, hombre y mujer, eran acometidos. Acudiendo en su socorro con la

gente de que disponía, uno de los moros agresores, que huía llevando a la grupa de su caballo a la cautiva cristiana, empuñando su alfanje segó con rápido movimiento la cabeza de la nazarena, prefiriendo su muerte, aun conociendo que con este acto luego no recibiría cuartel, a devolverla salva.»

De ahí el nombre de la Grupa, que en todo caso se refiriría al lugar donde se asienta la Torre, ya que ésta, aunque esbelta e interesante, no ofrece datos que puedan confirmar tan remota antigüedad.

Pero la primacía en leyendas poéticas e interesantes, de típico carácter medieval, está en Cervantes, como es también el lugar de las más remotas reminiscencias célticas, en usos y costumbres. En Cervantes se cuenta la leyenda de la mujer-cierva. Oigámosla:

«De su señorial mansión había desaparecido misteriosamente una doncella de peregrina belleza. Lloraronla sus padres y hermanos, pero el tiempo fué mitigando su recuerdo. Había aparecido por entonces en la comarca una cierva tan blanca como los copos de nieve de la sierra de Ancares. Codiciaban tan soberbia pieza todos los cazadores, y, al fin, uno de los hermanos de la perdida doncella, el más querido de ella, logró cobrarla. Ante la imposibilidad de trasladar la res muerta, le cortó una de las manos, echándola en su zurrón para que sirviera de testimonio de la hazaña. Pronto estuvo entre los suyos; gozoso fué a exhibir el trofeo, comprobando, horrorizado, que lo que contenía el zurrón era una mano de mujer, que llevaba un anillo que perteneciera a su hermana. Volvió en demanda de la cierva, encontrándose el mutilado cadáver de la hermana.» Esta leyenda sirvió, sin duda, de inspiración a la escrita con el título de *La corza blanca*, por Gustavo Adolfo Bécquer.

El Medioevo y los primeros tiempos de la Edad Moderna, antes de que España se derramase en América, fueron poblando de castillos, palacios y monas-

terios e iglesias la comarca. Aunque a veces fuese el oro americano a contribuir a su ornato. Y así, don Alvaro Mendoza Caamaño y Sotomayor, cardenal patriarca de las Indias y gallego indudable, como sus claros apellidos pregonan, comenzó a construir un suntuoso palacio, cuyos restos se conservan en el lugar conocido por el Prado del Cardenal, del Ayuntamiento de Cervantes.

Dejando para enumerar a continuación los monasterios e iglesias, también en Cervantes, sobre una abrupta eminencia, encontramos el castillo roquizo de Ferrería, más conocido por la Torre de Doirás, residencia, en tiempos, de los condes de Villanueva de Cañedo y marqueses de Alcañices, señores de aquel término. No menos notables fueron los castillos de Balboa y Vega de Valcárcel y el palacio de Quindós, en el que vivieron hasta finales del siglo XVIII sus propietarios, los marqueses de San Saturnino. En Los Nogales, aparte de la Torre de Agustín, ya nombrada, las ruinas del castillo de Torés nos dicen aún el imponente aspecto que hubo de ofrecer esta fortaleza del siglo XV, con los ángulos de su recinto defendido por macizos cubos; en Doncos quedan los restos del palacio de los condes de Lemos, conocido por el nombre de «Casa de Su Excelencia». De gran valor artístico, lo perdió al ser incendiada la villa por los franceses en 1809.

Cerremos la descripción de las residencias nobiliarias de la comarca con una conocida tradición gallega, cuyo sucedido se sitúa en la circunscripción de Neira de Jusá. En Santiago de Pousada, escribe Madoz, existen los restos del palacio de don Tello de Neira, de quien se dice fué el rey de León a presenciar su castigo. Es, sin duda, el suceso descrito ya en el siglo XV, por Llaguno y Amirola en su *Sumario de los Reyes de España*. Este achaca el castigo a Alfonso VII, el Emperador, diciendo: «En tiempos deste Emperador había un Infanzón en Galicia que decían don Hernando, é tomó por fuerza á un labrador su heredad; é el labrador fué

a querrellar al Emperador, que era en Toledo, de la fuerza que le ficiere el Infanzón...»

Resumiendo: «Alfonso VII ordenó al caballero que ficiere enmienda del mal fecho», pero el poderoso don Hernando, sin respetar la intervención del Merino de la tierra, «fué muy sañudo é comenzó de amenazar al labrador é dijo que le mataría». El desventurado destripaterrones volvió con sus agravios a Toledo, llevando el testimonio de "hombres buenos de creer". Encolerizado el Emperador, se encerró en su cámara, disponiendo que sus privados "dixesen que era doliente", y llamando a dos de ellos "emporidad", dispuso que "guisasen sus caballos" para acompañarle. A marchas forzadas, "que non quedó de andar de día é de noche", llegó a Galicia. Escuchando el Merino «e los otros del lugar», encaminóse a la puerta del infanzón, al que ordenó comparecer en su presencia; pero como el rebelde "ovo muy grand miedo de la muerte é comenzó de fuir, fué preso, é el Emperador mandóle luego colgar a su puerta misma».

Los párrafos transcritos nos dan una clara versión del feudalismo medieval y del turbulento carácter de la nobleza gallega. Pero hay más: embellecido y poetizado por Lope de Vega, introduciendo el episodio del atropello de la hermosa Elvira, hija del labrador querellante, sin duda por la precisión de hacer intervenir en la farsa al eterno femenino, y sustituido el nombre de Hernando por el de Tello, este hecho histórico constituye la trama de la conocida obra del inmortal escritor *El mejor alcalde, el rey*.

Pasamos ahora a tocar el tema de los monasterios, y por ley natural de pleitesía corresponde el primer puesto al del Cebrero, que no ya el término que le rodea, sino toda la comarca, rindió un devoto acatamiento al famoso Priorato, sólo comparable en tiempos al de Samos, al que quiere Dios volver a rehacer del reciente incendio que ha sufrido; misión urgente que corresponde a todos los españoles en general, y a los

buenos gallegos especialísimamente, y a la que no faltará la mediación de todo el santoral galaico. En cuanto al Cebrero, hace ya mucho tiempo que fué arruinado, como hoy aparece solitario el camino francés de Santiago. *Sic transit gloria mundi.*

Pero el recuerdo del monasterio perdura. Oigamos a Amor Meilán: «El nombre de Piedrafita es, aplicado a la comarca, relativamente moderno, ya que, en sentir del vulgo, aquélla fué antes, es hoy y será aún mucho tiempo El Cebrero. ¿Qué sabe la masa popular de arqueología prehistórica para que haga alto en una petrafacta? Habladla, en cambio, del Cebrero, y ella os hablará de su santuario famoso perdido en las altas cumbres, entre nieves casi perdurables, y del no menos famoso milagro, que ha hecho a algunos modernos escritores equiparlo con el misterio del Santo Graal, inmortalizado por la inspiración magnífica de Wagner.»

Hay que reconocer que para mantener la atrevida hipótesis de que allí se venera el Santo Cáliz, encontrado por el caballero Parsifal, hace falta superar en imaginación la inspiración del famoso músico. Tal vez el eminente polígrafo Said Armesto hubiese podido, si la muerte no interrumpiera sus estudios, desentrenar con todo rigor científico el fondo histórico de la misteriosa leyenda en su versión gallega. Con los antecedentes de que disponemos sólo puede aplicarse al cáliz del Cebrero la denominación de Santo Grial o Graal gallego, sin osar hacer afirmaciones y especulaciones más que dudosas.

Pero queda el milagro que describe el P. Yepes en su *Crónica general de la Orden de San Benito*: «Cerca del año mil y trescientos había un vecino y vasallo del Cebrero en un pueblo que dista media legua del llamado Barja Mayor; el tal tenía tanta devoción con el Santo Sacrificio de la misa, que por ninguna ocupación ni inclemencia de los tiempos recios faltaba de oír misa. Es aquella tierra combatida de todos los

aires, y suele cargar tanta nieve que no sólo se toman los caminos, pero se cubren las casas, y el mismo monasterio, iglesia y hospital...»

Quitamos la palabra al P. Yepes, lamentando, por razones de espacio, no poder transcribir literalmente todo su escrito, conservando la ranciedad de lenguaje, que tan bien rima con el tema; aunque con este objeto, y al proseguir por nuestra cuenta, nos limitemos realmente a extraer la versión originaria. El devoto vecino, no queriendo interrumpir su piadosa costumbre, «un día muy recio y tempestuoso, logró romper por las nieves», y como pudo llegó al monasterio, donde oficiaba misa «un clérigo de los capellanes», que acababa de consagrar la Hostia y el Cáliz. Espantándose al verle, menospréciale entre sí mismo, diciendo: «Cuál viene este otro con una tan grande tempestad, y tan fatigado, a ver un poco de pan y vino. El Señor, que en las concavidades de la tierra y en partes escondidas obra sus maravillas, la hizo tan grande en aquella iglesia a esta sazón, que luego la Hostia se convirtió en carne y el vino en sangre.»

Este fué el famoso milagro que hizo acrecentar el culto y devoción popular ya tributado al monasterio. Durante mucho tiempo se «mantuvo la Hostia vuelta en carne en su patera y la sangre en el mismo Cáliz donde ocurriera el milagro», hasta que la Reina Católica, peregrinando a Santiago, al detenerse en El Cebrero, ordenó que para su conservación más perfecta se pusiera «la carne en una redomita y la sangre en otra».

Hoy en día se conservan, guardadas en una caja de plata, las dos ampollas. En una se observan unos pedacitos de tela empapados de sangre seca, y en la otra, una materia oscura, como carne momificada. Igualmente existe el cáliz del milagro, de fines del siglo XII, al parecer, por su factura.

Pero no era necesario el milagro para que El Cebrero pudiera considerarse

uno de los monasterios más famosos de Galicia. Algunos remontan su fundación al año siguiente al descubrimiento de la Tumba de Santiago. Parece más verosímil la opinión que la atribuye a San Giraldo, conde de Aurillac, en el siglo IX; después existen noticias de diferentes donaciones de los reyes Alfonso VI y VII y Fernando II. Situado en la línea del «camino francés» a Compostela, este hecho acrecentó su importancia, dotándole de hospital y albergue para los peregrinos, y en 1486 los Reyes Católicos solicitaron de Inocencio VIII y obtuvieron de Alejandro VI que el monasterio y anexos se separasen de la Congregación benedictina de San Gerardo de Orleáns, incorporándose a San Vicente de Monforte, al objeto de reservar sus rentas para la reparación y ampliación del antiguo hospital.

De todo esto apenas queda nada. Sólo una pobre iglesia, sin valor artístico o histórico alguno. Dicen que la reforma de las Ordenes religiosas y subsiguiente centralización (que en el caso del Cebreiro lo hizo pasar a depender de San Benito el Real de Valladolid) fué responsable de la pérdida de muchos monasterios gallegos. Y así, el P. Sarmiento dice: «No ha sido buena reforma el hurtar a Galicia los prioratos para pasar sus rentas a Castilla. ¿Cuántas rentas de Castilla pasaron a Galicia? En toda reforma superficial siempre Galicia ha cargado con el mochuelo. Con la reforma de Valladolid se inundaron los monasterios de Galicia de castellanos. Casi todos los abades eran extraños. No pocos de estos abades desafiaron la religión y aforaron los bienes a Cadoga; pero de micos sobrinos..., que llevaron a Galicia como al país de la cucaña.»

Algo y aun bastante de razón tenía el buen padre. Pero cabía preguntarle: ¿Qué hicieron antes los clérigos gallegos? Isabel y Fernando no tuvieron más remedio que mantener firmes las riendas, poniendo coto a tanto desafuero anterior, y esto en Galicia como en An-

dalucía, pongamos por ejemplo. No olvidemos el triste cuadro que pinta Murguía de la Galicia del siglo XV, inmediatamente anterior al gobierno de los Reyes Católicos. Además, señalemos cómo igualmente el glorioso monasterio de Samos fué incorporado a San Benito, de Valladolid, y ha llegado hasta nosotros. Salvólo de la ruina el regreso de los benedictinos en 1880, después de cuarenta y cinco años de ausencia. La desamortización y el furor antirreligioso liberales han hecho más bajas en nuestros monumentos religiosos que cualquier linaje de tendencias unificadoras y centralizadoras. Lo nacional no excluye lo particularista, sino todo lo contrario. Véase modernamente el ejemplo de Poblet.

En el Ayuntamiento de Becerreá aún se conservan los restos de otro famoso monasterio, el de Santa María de Penamayor ¡Siempre la devoción mariana dejando su impronta por la geografía de España! Si la parte reservada a vivienda de los monjes está muy destruida, quedando sólo unas naves sin techo, el ala de un claustro del siglo XVII y algunos ábsides abovedados, todavía puede admirarse la iglesia, de factura románica y planta basilical, con sus tres naves y una bella portada del siglo XII. Fundado, al parecer, en los primeros tiempos de la Reconquista, del citado siglo son sus notas arquitectónicas más acusadas, alteradas por obras posteriores efectuadas en los siglos XVII y XVIII. En el altar mayor se venera una Santa Cruz, en la que la tradición popular asevera que se conserva una astilla perteneciente a la auténtica Cruz del Salvador.

También en Becerreá encontramos el templo románico de Oselle. De una sola nave y con ábside semicircular, el hecho de estar totalmente construido con pizarra de la comarca le da un aspecto muy curioso.

En el Ayuntamiento de Cervantes se hallan las ruinas del convento de Dornas, las de un antiguo monasterio de templarios, del que queda como resto

la parroquia de San Juan de Mosteiro, y la iglesia de Santiago de Cerejeido, cuyo primitivo estilo puede apreciarse a pesar de las restauraciones posteriores. Por cierto que se dice que de Cervantes era oriunda la familia del glorioso autor español, y según los eruditos de la región, precisamente de Vilarello de la Iglesia. Además, sostienen lo fué por partida doble, ya que la familia Saavedra existía en ella con fecha muy anterior al natalicio del inmortal «manco de Lepanto». Algo debe haber de cierto cuando él mismo dice: «Montañas de Galicia, donde tuvo principio su linaje.»

Falta por citar la iglesia de San Andrés de Nogales, con ábside de canecillos y arabescos en la puerta lateral. Y la de Doncos, fundación de la noble familia condal de Ayala y Monterrey en 1610. Fué incendiada en 1809, quedando sólo el presbiterio, ornado de canecillos de esmerada talla, y la esbelta torre. De otra índole, pero con cierto interés arqueológico, son los sepulcros de San Andrés, en la «cortiña» de Muiño, tras las puertas de la citada parroquia; las sepulturas encrucijadas, que pueden encontrarse cerca de la iglesia de Doncos, y las de Noceda, muy profundas y cerradas con losas del país.

Del resto de la historia de la comarca diremos que vivió con intensidad la invasión francesa. Las viejas hogueras célticas volvieron a encender sus trágicas luminarias sobre los riscos, haciendo contrapunto al «toque de rebato» de las campanas en las aldeas, que convocaban las «alarmas» campesinas. Toda la comarca se puso en pie de guerra, como lo hizo toda España. Y cuando no se podía ofrecer resistencia organizada al poderoso enemigo, se recurría a la guerrilla, al golpe de mano, y en último término, a lo que hoy llamaríamos sabotaje. Las guerrillas de patriotas infestaban el país, y a su frente, don Manuel María Núñez, vecino de la Ribera de Agueira; don Ramón Naleda y don Ignacio Herbón, juez de Canelada de Arriba, se cubrieron de glo-

ria en múltiples y atrevidas acciones.

Ante El Cebrero cruzaron, «dándose con los talones... en el entrecejo» (valga lo disparatado de la imagen, que tal era la rapidez de la desordenada fuga), los ingleses de sir John Moore (que en última instancia demostró con su muerte en La Coruña su clase de soldado), lo que motivó el enojo del marqués de la Romana, que opinaba, con sobrado fundamento, que aquellos parajes se ofrecían propicios para la defensa. Por aquellas tierras operó la división de Merlo y entró jubiloso, después de la victoriosa acción de Puente Sampayo, el famoso batallón literario de Compostela, anunciando que Galicia era la primera región de España liberada de fuerzas invasoras.

En cuanto a éstas, mal recuerdo, como es tradicional en el Ejército francés, dejaron de su paso. La destrucción de monumentos, el incendio y el saqueo jalonaron su camino. Así fueron asolados, con numerosos lugares de menos importancia, Triacastela y Los Nogales. Pero la destrucción más completa ocurrió en Doncos, que hasta la iglesia donde se habían refugiado las mujeres y los niños fué arrasada con furia volderiana, siendo muertos sus ocupantes. Mandaba a los franceses el general Fournier, que quiso, sin duda, vengar de esta forma la muerte en acción de guerra de su hermano, al que había correspondido, con la invasión, desempeñar el gobierno de Lugo.

Después, los lamentables episodios de las guerras carlistas. Por allí anduvieron las partidas de Ostendi y Bullais... Pero doblemos la hoja, dando fin al capítulo.

VESTIMENTA

*O teu refaixo, Marica, malo
raio cho confunda, por andar
non teu refaixo, xa me deron
unha tunda.*

*Eu teño cinco xustillos,
todos cinco emballenados.
Tamén teño cinco amores;
catro viven engañados.*

(Donaires do Turreiro.)

El vestuario típico y tradicional gallego ofrece en toda región una cierta unicidad. Puede, sin embargo, agruparse en dos variantes: el de «das mariñas» y el de «da montaña». La más pura y rústica versión de este último fué el que debió ser usado en la comarca objeto de nuestro trabajo, del que desgraciadamente, y al igual que en toda Galicia, apenas quedan restos.

Han sido estudiados por Murguía, que alcanzó a ver su utilización; sus trabajos y los de Amor Meilán y Gómez Tabanera sobre la materia sirven de base y fundamento al presente.

Traje femenino. — La mujer gallega empezaba por ceñirse la redonda saya o refajo rameado, de vivo color amarillo, verde, encarnado o castaño. Encima, y como especie de sobresaia, se ajustaba el «mantelo». Esta prenda que tanto y tan injustamente ha servido para desprestigiar «as mozas de Vilanova», que

*—dicen que non beben viño,
e debaixo do mantelo
levan o varro escondido...—*

estaba confeccionado de paño, unas veces negro y otras castaño; adornado en el de lujo con franjas de terciopelo, sin vuelo ni pliegues, cerrado por detrás, dejaba, no obstante, ver la saya.

Sobre la camisa algunas cerraban el justillo, y encima el «dengue» o esclavina de paño, guarnecida de terciopelo, que llegaba hasta la cintura y cuyas puntas, cruzadas sobre el seno, se anudaban a la espalda. El «dengue» variaba de color y tamaño según la comarca: grana y corta, en La Coruña, Santiago, Padrón...; verde aceituna y más largo, en Pontevedra y Vigo; por último, en Villalba y las vecindades de Mondoñedo, era de lienzo blanco. El uso del jus-

tillo estaba, en ocasiones, sustituido por la chabra, utilizándose incluso ambas prendas.

Hoy en día no se concibe una cabeza de muchacha gallega, ataviada al uso tradicional, sin ir cubierta por el airoso pañuelo, por regla general de rojo color, en ocasiones rameado, con las puntas cayendo hacia la espalda, en la que anúdase flojamente otro pañuelo que, haciendo juego con el primero, cruza sobre el pecho. Pero el uso del pañuelo a la cabeza es relativamente moderno, y el auténtico tocado de la mujer gallega era la blanca cofia de encaje, ceñida con una cinta de vivo color. Obsérvese el paralelismo con el tocado tradicional femenino de ciertos lugares de la Bretaña francesa.

La mantilla cuando van a misa, y el pañuelo de bobiné, completaban el atuendo; calzaban sobre las blancas medias de lana el zapato o el fuerte y necesario zueco. Esto cuando no iban descalzas de pie y pierna.

Interesantísimo y primitivo, según Murguía, es el modo de vestir de las muradanas, que «realzan con su rico y severo atavío la tradicional belleza de estas mujeres».

El mantelo solía ser de paño sedán, con anchas franjas de terciopelo negro, a veces bordadas con canutillo del mismo color, dejando ver por la abertura la rica saya de color claro. Chaqueta de raso negro o justillo ceñido, dejando ver la manga de la blanca camisa; pañuelo de crespón de color vivo que, cruzando sobre el pecho, se anuda a la cintura, dejando caer airosamente las puntas. Mantilla corta de raso negro bordada con canutillos, al igual que «el mantelo». Por último, la cofia, o más comúnmente, el pañuelo blanco; los pendientes y aderezos de oro o dorados y los collares dando varias vueltas al cuello.

Falta por hablar del peinado y de la «ouribería» u orfebrería. Hay un cierto sabor clásico —dice Gómez Tabanera— en el peinado tradicional de la mujer gallega. El cabello, dividido en dos partes por una raya en el centro, deja caer

un rizo sobre cada lado de la frente, recogándose en dos trenzas, que luego se unen en una sola para caer sobre la espalda. Esta trenza acaba en un nudo pomposo, hecho con una cinta de color, sujetándose todo el artificio del peinado en el centro de la cabeza con la «críca» de seda, cinta igual que la de la trenza.

La antigua riqueza en metales preciosos y la «precocidad» histórica de Galicia se reflejan en las joyas de sus mujeres. Sobre todo en los pendientes. Los más antiguos, especie de arracadas fenicias — seguimos al autor antes citado — son unos aros de plata de considerable diámetro, que se cierran con un gancho sencillo. De éste cuelga el propiamente pendiente: triangular, pequeño, con cinco colgantes en forma de bolita. Su dibujo es foliar, considerándose más arcaicos los que afectan la forma de una roseta de nueve pétalos, con cordoncillos al reborde. Dentro de este tipo se encuentran los pendientes de filigrana y los que en vez de colgante triangular utilizan un tallo.

Otros tipos de pendientes tradicionales son el llamado de maza, formado por un aro o una esfera, al cual va unido una especie de lacito, del que prende la maza, lisa o calada y los pendientes de azabache. En general, la azabachería tiene un acreditado rango en la artesanía gallega, sirviendo sus productos no sólo por su valor ornamental, sino también por el poder mágico contra los aojamientos y brujerías; de aquí que, además de los pendientes, se confeccionen en azabache collares, sortijas, rosarios, y especialmente las «higas» que, no obstante su aspecto de alhajas, son simples amuletos.

De aquí igualmente el empleo de lazos, sapos, peces y galápagos articulados para el adorno del escote de las mujeres, en costumbre paralela a la que se encuentra en determinados lugares de la provincia de Salamanca. Para hacer juego con dichos adornos hay pendientes de plata, también articulados.

Para finalizar en lo referente al traje

femenino, daremos las peculiaridades del correspondiente a las mujeres de la montaña lucense, que puede reducirse a las siguientes: Era más severo que en el resto de Galicia; usaban cofia de encaje, y más modernamente pañuelo, ceñidos a la frente por una cinta roja; el «dengue» de grana ribeteado de terciopelo negro o pasamanería del mismo color, cubría el refajo encarnado. En ciertos lugares, y por personas de alguna edad o viso, el «dengue» aparecía ribeteado de abalorios, y en otros se usaba a manera de pañoleta.

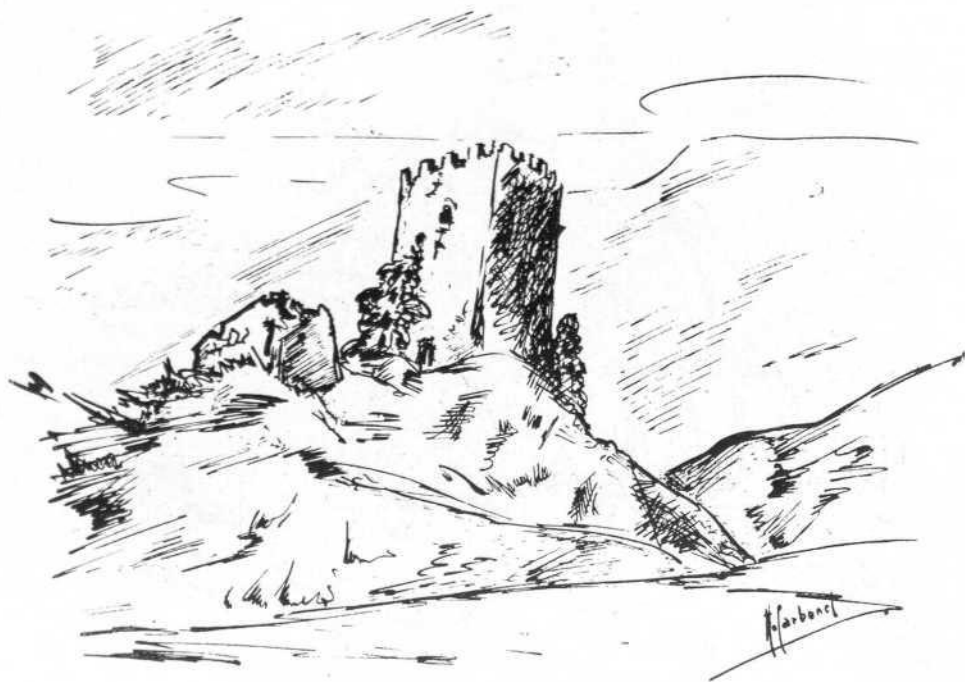
Trajes masculinos.—Los gallegos usaban camisas de lino del país, tejidas por regla general en el propio hogar; iban provistas de grandes cuellos perpunteados, que daban la vuelta sobre el de la chaqueta, sujetándose por medio de un botón doble. Las chaquetas eran de paño castaño, verde o azul, y en las «mariñas», de bayeta amarilla o encarnada con bocamangas ceñido. Según Murguía, utilizaban para el abrigo un gabancillo de tarazona ya desaparecido en sus tiempos.

Debajo llevaban el chaleco de paño igual que el traje, o encarnado o blanco, a veces ribeteado de seda y adornado con botones de filigrana. De paño también, y de color castaño o pardo, eran los calzones y polainas, por entre las cuales asomaban las blancas «cirolas o cigolas» de lino, o especie de calzoncillos; del pañolón o faja que ceñía la cintura, o de los ribeteados bolsillos del pantalón, colgaban pañuelos de seda de vivo color. Como calzado, el zapato de cuero con botón o lazo, y en invierno, por las lluvias, las características «zocas» de madera, de que tan hábiles constructores había, y aún hay, en Villalba y otros puntos de la región.

Prenda muy característica de la vestimenta tradicional gallega es la montera, que varía de hechura y tamaño según los lugares. Empieza por el pequeño casquete, sin adorno de ninguna clase, usado en Padrón, sigue con la montera de los «mariñanos», un poco más alta, con presillas de terciopelo, seme-



Moza camino de la fuente



Torre de Doirás



Una «pallaza»



Una aldea



Hórreo



«O gaiteiro»

(Dibujos de Carbonel.)

jándose bastante a la de los toreros (en los tiempos de Murguía, naturalmente). Vienen después las del centro de Galicia, altas, respunteadas con sedas de colores, formando grecas y dibujos sin que falten las plumas de gallo, de pavo real, y aun alguna rama de olivo, colocadas airosa y provocativamente sobre el lado derecho de la «monteira». Las hacían de paño castaño y sólo en las «mariñas» eran negras.

En cuanto al peinado, Murguía conoció algún «petrucio» (anciano) con el pelo largo o trenzado en coleta, luego se peinaba sobre la frente, dejándose caer dos largas «guedillas» (guedejas o tufos), una a cada lado de las sienes.

Las peculiaridades del traje típico correspondiente a la comarca que estudiamos son: Su sobriedad y severidad; confeccionado de «somonte», paño burdo y fuerte de color castaño («somonte», el pardillo o pardomonte castellano, los tres nombres de uso casi perdido), chaqueta de ceñida bocamanga, calzones y polainas, y el chaleco rojo y amarillo, lo componen. La montera adornada con las plumas tradicionales es de las más altas de Galicia.

Aunque no eran de uso privativo de la comarca, habiéndose incluso utilizado en las montañas de Asturias y León, ya que la necesidad aguza el ingenio, resultaban de curiosísimo aspecto las grandes y holgadas capas de paja que con el fin de proporcionarse abrigo para el frío y defensa contra las aguas usaban los campesinos de las tierras altas, en especial los «pecoreiros» o «pegureiros» (pastores de ovejas). Estaban tan hábilmente cosidas y entretejidas de tal forma, que el agua resbalaba por su superficie sin calarlas, a no ser que la lluvia fuera torrencial.

ARQUITECTURA

*Quen deixa á vila po-la aldea,
á olloré maá estrela.*

*Gárdete Deus de can lebrél, de
casa de torre e de muller sabedora.*

(Refranes populares gallegos.)

Es en esta comarca, bien en la aislada vivienda rural, o todo lo más formando pequeñísimas agrupaciones de población, donde encontramos una antiquísima versión de las viviendas de los primeros pueblos que ocuparon la Península.

Nos referimos a las «pallozas», «pallazas» o «choupanas», estudiadas con entusiasmo y cariño por Angel del Castillo, a las que vemos conservadas casi en su pureza primitiva, con leves concesiones a una modernidad a su vez perdida en la noche de los tiempos.

¡Las «pallozas»! ¡Qué bien riman con el paisaje al par agreste y tierno de estas tierras! Veámoslas protegidas y dominadas por los roquedales y farallos del Cebrero, la sierra de Outeiro o los Picos de Ancares, envueltos en los grises cendales de la «brétema» (niebla), o hundidas en las nieves que descienden desde los cónicos tejados hasta el suelo, haciéndolas asemejarse, aun a corta distancia, con blancos túmulos sepulcrales.

Veámoslas en las quebradas y «valgadas» (pequeños valles, cañadas) de las tierras de Cervantes, difuminadas por las azules neblinas en las mañanas primaverales; terrosas, «pequerrechas e homildes», con su cubierta de «palla» y barro y sus paredes de «seixos» (guijarros). Rodeadas de minúsculos bancales robados a la montaña, donde crecen el centeno y el «millo», la sufrida «baloca» (patata) y el nabo forrajero; de «hortas e cortiñas» (huertas y prados) diminutos y cerrados con «estripos» (espinos). Allí, donde el verde esmeralda de la jugosa «herba» deja paso sobre las tortuosas «corredoiras» a los «toxos e silveiras», mientras la rústica carreta de tiesos y paralelos «fungueiros» (palos para sujetar la carga), tirada por rubias vaquiñas, anuncia a distancia su presencia con el quejumbroso chirriar de su eje. Allí, donde crecen el frondoso castaño y la «corticeira» (alcornoque), de piel constantemente renovada; se mira el melancólico «salgueiro» (sauce) en los límpido

dos regatos y los robles sagrados extienden la pompa de sus copas. Allí, cuando los primeros rayos del sol, teniendo de «roiben» las altas nubes, envuelven en el vaho del evaporado rocío las rojas «papoulas» o «mapolas» que esmaltan los campos, acariciando las pintadas alas de las aturcidas «palomiñas» (mariposas), al tiempo que salta el «besbello» al borde de los caminos y cruzan el cielo en rápido vuelo las primeras «anduriñas» o «vencellos».

En las noches de luna, en la misteriosa fantasmagoría del paisaje, semejan toscos monumentos de una raza bárbara y antigua. Puéblanse sus proximidades de las risas y cloqueos de «trasnos» y «meigas», cuyos ojos luminosos y cambiantes (las «luciñas» de los «vagalumes» o luciérnagas) parecen acechar desde las rocas en sombra. Y por un momento es posible esperar que, abandonando su choza, desde una alta plataforma de piedra, al pie de un menhir, el viejo bardo druida, de nivea barba y vestimenta, prorrumpa en las desconocidas estrofas del Duan (canto o saga céltica), acompañándose del sonido de su lira de plata.

Este carácter primitivo, antiquísimo, de las «pallozas», ofrece un singular valor. La «palloza» es consecuencia directa del medio ambiente, como lo es la «isba» rusa o el «igloo» esquimal. Por eso se han mantenido a través de toda clase de contingencias de medio y tiempo. Si en las zonas bajas de Penaseara y Veiga de Brañas, y en las orillas de las carreteras que cruzan Piedrafita y Castro, son más amplias, de planta rectangular, ofreciendo un tejado a dos aguas, puntiagudo en el centro y rematado en forma de canopio, es porque las condiciones del terreno lo permiten y las inclemencias atmosféricas no las azotan tan cruelmente como en las sierras. En éstas encontramos los tipos más primitivos y característicos, exactas reproducciones de las viviendas de los galos talladas en la columna Trajano, como dijimos en la primera parte. Y aún se discute su paralelismo con

las chozas («tugurium») techadas de paja de los primeros habitantes del Lacio. Al menos, algo parecido describe el dulce y bucólico Virgilio: (... *pauperis et tuguri congestum cespite culmen...*)

Este tipo de «palloza», de traza circular y rematada en tosca y alta cúpula, constituye al par urna y horno, referida al fuego del lar, manteniendo en el interior una temperatura permanente de catorce grados, por duras que sean las condiciones climatológicas exteriores. Los largos meses invernales transcurren al amor de la lumbre, centro, corazón y alma de la vida campesina; de aquí su importancia y valor. El fuego tiene vida propia, por ser la más importante garantía de vida, y es «personificado» e incluso divinizado.

La construcción de las «pallozas» es por demás sencilla. Uno o dos gruesos pies de madera (según sea el tamaño de la vivienda), sustituidos rara vez por toscas pilastras de piedra, a manera de columnas, sostienen la estructura del techo, sirviendo de eje a las inclinadas vigas, que descienden hasta tomar asiento en los muros exteriores o paredes maestras. Estas son de guijas y barro amasado, sobre entramado de madera, lajas, trozos de roca y cascotes, utilizados sobre todo en jambas, dinteles y contrafuertes para reforzar su solidez. En general, el material empleado es aquel que la Naturaleza ofrece más a mano, y en ocasiones, hasta el lodo y el estiércol forman parte de los materiales de construcción bajo el tejado, indefectiblemente de paja.

La distribución interior es muy curiosa, ya que es forzosa la convivencia de seres humanos y bestias. Por regla general, se dividen en tres departamentos: la vivienda propiamente dicha, la cuadra del «gando» (ganado vacuno), llamando «extraveriza» al «currunchu» o rincón del establo correspondiente a la vaca, y la cuadra de las «ovellas», ambas separadas y con puertas aparte, pues es sabido que cada ganado precisa de distinta y propia temperatura.

Centro de la vivienda es el hogar,

donde arde de continuo el fuego, cuidadosamente conservado y mantenido día a día, y cuyas «muxenas» (chispas) detiene una «lousa» que pende del «cainzo». Y es tan importante el valor del hogar, que en las «pallozas» circulares y más pobres se extienden, rodeando a la «lareira», en una especie de nichos, los lechos, establos, etc.

En las viviendas de dos ejes verticales y más amplias, el ganado está aparte, como se ha dicho anteriormente, y la gente duerme en una «barra» o piso tendido sobre las cuadras, al que se alcanza por una rústica escalera, las más de las veces de mano. Entonces, no muy lejos de una de las pilastras que sostienen el techo, ocupando el centro de la habitación-vivienda, sobre unas gruesas lanchas de piedra arde el fuego del lar. Cerca de él, la «trincaideira» para acercar a la lumbre los «potes e caldeiros» que cuelgan de la «gramalleira», los instrumentos para la atención y cuidado de la lumbre, para recoger la molesta «parromeira» (hollín), etc. Alrededor, el cuadro de los rústicos «escanos» desgastados por el uso.

Dispuestos en sentido circular a la «larada» (fuego grande del hogar), siguiendo las paredes de la habitación, adosados a ellas y a veces en estanterías, vasares y nichos, encontramos toda la profusión de objetos que facilitan la vida de los modestos y humildes campesinos. Y pese a la sencillez y rusticidad de los mismos, son bastante numerosos, que la necesidad obliga a tener que bastarse por sí propios, y la habitación sirve para todos los usos: cocina, sala, comedor, despensa e incluso taller. Así encontramos la «ucha», especie de alacena, donde se guardan los quesos de San Simón o de Villalba para los días grandes, o el obtenido de la leche de las propias ovejas, las grandes «bolas» o «proyas» (tortas) de «borona» (pan de maíz), etc. En el «cunqueiro» se alinean las escasas «cuncas» (tazas) y son guardadas tal cual «culler» y los «coitelos» (cuchara y cuchillos). Los «cabaceiros» y «carabelas»

(canastos y cestillos) guardan desde «rachas» (astillas) para el fuego a «noces» y «zonchos» (castañas cocidas con la piel). La «sella» y el «canadeiro» sirven de recipientes para contener el agua con destino, respectivamente, a los hombres y el ganado. En algún rincón resguardado, el último retoño de la prolífica familia descansa en su «berce» (cuna), y así encontraríamos los «cileiros», «sarillo» y «paneiras», la «barrela» (para el combustible, generalmente «uces» y «xestas»), la «barra» (para el comestible del ganado), «forçados» y demás aperos de labranza, etc.

A veces la instalación familiar está completada por el uso del «hórreo»; son también de traza ruda y circular, rematados en cúpula. Entrañables hórreos gallegos, que en su primitiva versión, tan parecida a los que existen en esta comarca, ya despertaron la curiosidad de Plinio: *Granaria lignea columnis (suspensa)*, aunque debió de referirse a los de familias poderosas o a los grandes y permanentemente vigilados hórreos tribales.

COSTUMBRES, FIESTAS Y SUPERSTICIONES

Deus Fratesque Galleciae.

Antes de hablar de las costumbres de los habitantes de una región determinada, costumbres dadas en función de un modo de ser y un género y condiciones de vida propios, que se reflejan en fiestas, creencias e incluso supersticiones, es preciso hablar de los habitantes mismos. Pero ¿acaso es fácil decir algo nuevo, distinto o no escrito sobre los gallegos? Y aún más, ¿es posible conocer, analizar y encasillar raza tan antigua y compleja? Hablar de los gallegos es hablar del «alma gallega», y esto resulta más que complicado.

Las gallegas merecerían un capítulo aparte. Las gallegas como la humilde y graciosa Rosiña, evocada por Rosalía:

*Tiñan os cores do mare,
os seus olliños dormentes,
máis doces, máis transparentes,
naide os poidera encontrare,
naide velos sin amare,
o corazón sin falsía,
que por entr'eles se vía.*

Feliz mortal el que sin parar mientes (cualidad muy masculina) en las sólidas condiciones femeninas, hogareñas y maternas de la mujer gallega, que se dan siempre restándose importancia, pueda decir, como en la copla:

*Non vin rosa máis cheirosa,
caravel máis encarnado
nin cara máis feiticeira
como a que teño a meu lado.*

Habiendo renunciado a proceder por cuenta propia en lo que al «modo de sentir y ser» gallego se refiere, valga simplemente una afirmación inicial, la de la «unicidad y poder de absorción del alma gallega». La entraña teleológica céltica es una y la misma en el marriano y el montañés, entre arriesgados pescadores, oscuros campesinos o cultivados intelectuales. Y la llevan consigo y para su descendencia; de ahí que forme el tipo de indiano más fiel al terruño, y, por tanto, a la patria. Y tanto vale que sólo la madre sea gallega, que es tal el fluir telúrico de la raza, que gallegos serán los hijos y hasta terminará por serlo el marido.

Fiel reflejo de la Galicia campesina en su versión más retraída y cierta es la comarca que examinamos. A ella pueden aplicarse, para que «maticen» lo que en relación con el factor hombre interesa a nuestro estudio, las autorizadas opiniones de varios entendidos en la materia que a continuación se transcriben:

Dice García Martí: «El alma gallega, sumergida de siglos en una atmósfera gris de niebla, es pura nostalgia que oscila entre la paganía de su tierra y la voz evangélica de sus santuarios. Hay particularidades en la religiosidad ga-

llega que son las mismas en todas las razas celtas. Alguien ha dicho que "la religión es la forma bajo la cual las razas célticas disimulan su sed de ideal". El primitivismo oscuro y borroso de su mitología se supera a través de las leyendas jacobeanas. Galicia es engendrada en la noche. Tras los bosques célticos de los druidas vienen la Estrella y la Vía Láctea del Camino de Santiago. Toda la leyenda jacobea está enjoyada de fulgores nocturnos. El alma gallega es todavía el alma del bosque de la noche presa en los encantos misteriosos de la Naturaleza.

»En este alma, un poco primitiva, arcaica y nebulosa, existen espléndidas dotes naturales, que asoman en la vida más o menos, según las formas y épocas de desenvolvimiento. Hay, ante todo, en ella una angustia de tono crepuscular, y —cosa extraña para una raza que, si ha vivido mucho, no ha actuado demasiado, porque su vida más bien es vida interior— es un tono crepuscular vespertino, como si naciese ya desengañada y de vuelta de todo. No olvidemos que Galicia es un Finisterre. Siente como ninguna otra raza el dolor de vivir. El amor se desenvuelve en formas dolorosas de insatisfacción, de engaño y de ansia de ideal cada vez más lejano, como el amor de lo imposible. Es, por otra parte, propensa al humorismo, que nace del contraste entre lo que la vida da y lo que la vida anhela.»

Algo parecido viene a decir Ramón Cabanillas, con un sentido más juvenil y optimista: «O gallego está xurgido á suá terra como o alma ó corpo, de por vida, e os seus sonhos, os seus degaros aventureiros, o seu correr mundo, nom é nomadismo, como a sua devoción pol —o devanceiro pol— o que foi, non é aneio de que seia presente, de retorno ó que morreu, si non esperanza e forza que o alente o encamiñe.»

Ciñéndonos más a los términos de la cuestión, sigamos a Murguía: «El campesino gallego es tan alegre y expansivo en sus fiestas como reservado y cau-

teloso en las diarias relaciones sociales. Alivia la pesada carga de los trabajos que le cercan en la franca y espontánea alegría de sus hiladas y romerías, y entre el bullicioso ruido de sus fiestas y mercados.»

Veamos ahora al campesino en su medio ambiente. En el invierno, cuando el viento azota los deshojados sotos, cae la lluvia a torrentes, o resbala mansamente por los empinados techos, o allá en las cumbres, bajo la melancólica albuza de la nieve; el ancho lar, en medio del cual arde alegre el encendido «ramallaxe», sirve de centro y asilo a la numerosa familia. Son los días interminables en que se desgranar consejos y cuentos. Unas veces narraciones pavorosas de leyendas y hechos sobrenaturales presididos por la «compaña», las «pantasma», el maléfico «tardo» que impide el sueño o lo puebla de negras pesadillas, el «tangaraño» y la larga teoría de «meigas», desde la «chuchona» aficionada a chupar la sangre de los niños a las que, más modestas, se limitan a ordeñar las vacas, rindiendo todas pleitesía a su espantable señor, el diablo. Y dicese: «Seica ten pauto co demo. Seica llo dixo unha meiga.» Otros misteriosos sucesos avalados con gran acopio de datos... de imposible comprobación; y si un convecino ha venido a mejor fortuna, no faltara castro o ruína que encerrara un tesoro, esto si no ha mediado algún encanto: la posesión de «Ciprianillo», fabuloso libro a manera de embrujado inventario de los tesoros de la tierra, tal cual «nano», sierpe o culebrón, o quién sabe si el robo del peine de oro de un hada...

*”...Os cabelos pieitando,
c’un lindo pieite d’ouro
que deslumbraba o miralo,
cantaba a fada Rouriz
cousas do tempo pasado.”*

¡Deliciosas hadas vírgenes gallegas!
¡Mágicas hilanderas como la nivea Baltar de alados pies!

*”A fada fadiña,
Coa sua vaquiña
Pasa a mañá
Aliña qu’aliñá.
Nos seus cabellos
louros, lourinos,
como ouro enxebre...”*

¡Poderosas hadas! ¡Señoras del encanto y vencedoras de las brujas!, cantadas por Pondal, que protegen las cunas de los recién nacidos, y así se les dice: «Dios te críe pra boas fadas.»

Y no digamos si en la vecindad hay algún «saludador», con su cruz en el cielo de la boca y su saliva sanadora, o alguna curandera. Habrá que escuchar la narración de sus prodigiosas intervenciones; de cómo libraron por el poder de su aliento a un enfermo del estómago, «levantaron alguna paletilla», «curaron tripas», «espiñela e cualleiro», el «mal bravo» o el «colleteizo» en ocasiones con la ayuda de pseudo «oraciones» de misterioso poder curativo.

*S’eres d’araña, vaite o paraña:
..S’eres de sapo, vaite arrastro:
S’eres de cobra, vaite a groba...*

A veces algún contertulio, gracioso casi profesional que no falta, introduce narraciones alegres, maliciosas, dignas de un Bocaccio rural, que aún esperan su Timoneda que acierte a recogerles. Sátiras francas, lindando con lo brutal, sobre circunstancias de la vida campesina centradas frecuentemente sobre los eternos y permanentes tipos de la campiña gallega. Los mismos que acusan su presencia en el refranero y las canciones.

Es el grupo de «figurones» de la fe ligresía, que rondan al cacique rural, tan respetado en persona como criticado en ausencia. El escribano, de duro corazón, compensado por la llamemos «ternura universal» de la frágil esposa; «os ministros embargadores e os cobradores de impostos, noxentos e metafóricos trabuqueiros», que dice Cabanillas, sirviéndonos las coplas en su deliciosa *Antífona da Cantiga*.

*"De madeira de cacique
teño de faguer un carro.
As rodas de pregoeiro
estadullos de escribano."*

*"Atrancado de arroteo,
cubride a porta de toxos
velahivén o trabuqueiro
co seu tinteiro de corno."*

Las «donas» (señoras) de la villa, con tan grandes pretensiones como escasa hacienda: «Vos dona eu dona, ¿quien votará o porco fora?

Los tres oficios menestrales de ringorango y seguimos otra vez a Cabanillas: «O xastre o costureira e a muiñeira.»

*"As tixeiriñas do xastre,
van diciendo; rapa, rapa,
con este pedazo e outro
xa facemos unha capa."*

*"As costureiras de agora
foron feitas a sisel,
son amiguiñas dos mozos
como as abellas da mel."*

«A muiñeira, bona moza si as hai, roxa como unha papoula, sabidora de canto pasa e non pasa en tres légoas á redonda. Ten sonda de adivertida, debido en boa parte a que o muiño é un parloiro de tirapelexos, cobertoiro de amoríos e acougo de sospeitosas estadias noitébregas»:

*"Muiñeira abrancusada
de tanto andar co-a fariña,
eu ben sei d'un rapaciño
que te pon coloradiña."*

Y así las docenas de ejemplares más sobresalientes de las aldeas próximas, vistos desde sus ángulos grotescos con graciosa ironía. Algún «taberneiro», el afilador «andareiro», «os quincalleiros tintineando seus candieiros»; «tortos», lisiados y «cegos», de los que se dice: «Muller de cego que se compón moito, non se compón pra él, que se compón pra outro.» El que se engríe con la riqueza adquirida, olvidando la anterior pobreza,

*De fino que te fichese,
non che cai ben a monteira;
camine para la vila,
vaia ostede norabuena.*

Finalmente, los tan traídos y llevados «abades, cregos y monxas»: «Regalo de monxa, cunca de leite por cunca d'aceite.» «¿Van os cregos o concello? Traen o cuco no capelo.»

Habiendo desaparecido, con la decadencia del cultivo del lino, las antiguas costumbres de la «tasca», «espadela» y «fiandón», cuyas labores las mantenían, la pasión gallega por la conversación y el cuento se refugia en esos días invernales de tedio y forzosa inactividad. Inactividad, por otra parte, relativa, pues mientras se charla se trabaja en las mil y una pequeñas actividades del hogar.

A Noriega debemos la descripción de las cuestiones que suelen tratarse en esas pláticas al amor de la lumbre:

*Alí van os rapaces namoricados,
coa bofanda hastra os ollos, taparu-
[xados;
alí van os petrucios que aran a terra,
contar contos dos mouros, casos de
[guerra,
loitas de héroes gallegos, honor e gloria
des páxinas brillantes de nosa historia.*

*Alí van vellas tolas falar de santos,
de tesouros, pantasma, trasnos, en-
[cantos,
da campaña que sale po-los camiños,
de mal d'ollo, das fachas, dos desma-
[chiños,
do pedrazo, que murchan por as pata-
[cas,
das cobras, que de noite maman nas
[vacas;
d'un libro de esconxuros que ten o cura,
de cómo os nenos sanan, da crebadura,
das pormesas, dos mortos, das romerías,
je d'outras mil burradas e bruxerías!*

Y el que quiera conocerlos al detalle que lea el libro titulado *Supersticiones de Galicia y preocupaciones vulgares*, de Jesús Rodríguez López, cuya men-

ción, por su utilidad para nuestro trabajo, es obligada.

Pero viene el buen tiempo, las tierras van desperezándose en sentido gradual hacia las cumbres, mientras la «soalleira do sol» empieza a calentar la tierra. Desde la primera «decrúa» o trabajo que se da al suelo hasta el «tempo da seitura», «da recolleita», el campesino aparece entregado al duro servicio de sus campos.

Aunque siempre queda un rato para los sabrosos paliques de la fuente, donde se reúnen las jóvenes y escápanse algunas veces los mozos para correr en la noche sus alegres «ruadas».

*Veña o pandeiro a ruar,
que éstas son as mazarocas
que oxe teño de fiar.*

*A silveira ten ouídos,
amores disimulados
foron sempre os máis queridos.*

Poco a poco se van acercando los días de las fiestas tradicionales, esperados con secreta y creciente ansia. Son las innumerables romerías y ferias, en primer término. Como ejemplo tomemos la demarcación de Cervantes, con sus ferias de Seijas cada primer domingo de mes; las de Quindós, Portois, Donis... Además, cada parroquia celebra su romería, siendo las más importantes las de Tornas, el 15 de agosto, y Cereijido, el 8 de septiembre. Otro tanto podríamos decir del resto de la comarca. Así, las romerías de San Mamed, en Triacastela, o de la Virgen del Carmen, en Lamas, a la que concurren romeros de Los Nogales, Piedrafita y Triacastela, etc.

El cuadro es siempre análogo. El monasterio en lo alto y la escondida ermita que asoma entre los árboles presiden el conjunto. Apretados pinos o vigorosos robles enmarcan adecuadamente el escenario; por regla general, una pradera abierta entre los árboles. La multitud prepara su acomodo sobre la hierba, mientras «vellas» y «petrucios» van a cumplir sus votos y promesas y

la gente joven baila. Aunque el tipismo costumbrista se ha ido perdiendo, nunca falta una gaita poniendo su contrapunto melancólico en el «ambiente». Las rústicas orquestas de pandeiros, flautas y zampoñas casi han desaparecido.

Son los días de saborear la empanada de «raxo», bien regada por el ácido Ribero, ya que las viñas de la comarca, hermanas de las plantadas poco después de la invasión musulmana por el obispo Odoario, tan atendidas y cuidadas por el arcediano Domando y el abad Senior, murieron hace tiempo. Pero habrá vino de Chantada, Monforte o el de la de San Martín de la próxima Quiroga, rival del de Ribadavia.

La gente menuda y los jóvenes se inician y entregan a los juegos regionales. Aquí vemos a mozas y mozos, formados en rueda, celebrando con grandes risotadas las incidencias del «lorcho» o «zurricamelo»; un espigado rapaz busca afanosamente el anudado pañuelo que, circulando de mano en mano con gran habilidad, viene siempre a sorprenderle, azotándole las espaldas. Se salta a la cuerda, se juega a la «barrá», la «billarta» o «estornela», y los «cativos» se entretienen con los giros de su «buxaina» (peonza).

Las romerías están centradas alrededor de alguna festividad local religiosa. Presuponían (costumbre que se va perdiendo) la asistencia del «vicario», que costeaba los gastos de la fiesta religiosa, juegos y música. A él le corresponde llevar procesionalmente «o ramo», especie de rosca de gran tamaño, confeccionada a base de pantrigo y adornada con quesos, frutas, dulces, flores y lazos. Al son de la orquesta de que se disponga se hace entrega del ramo en el atrio del templo al que corresponde actuar de «vicario» en el año siguiente. Siguen la solemne misa, la procesión, y al regreso, las oraciones finales en la iglesia o ermita, entre la densa atmósfera del incienso que despiden los «botafumeiros». Luego se comerá sobre el césped, seguirán las diversio-



nes, y al anochecer, después de los fuegos artificiales, se inicia la dispersión, llenando las proximidades de canciones, alegre eco de la fiesta celebrada.

El mismo carácter, si bien desprovistas del festejo religioso que suele motivar las romerías, y con un fin utilitario, presentan las ferias.

Son igualmente bulliciosas, como las ya citadas de Seijas. Y se explica, que allí se compra, cambia y trafica sobre ganado vacuno y de cerda, quesos y mantecas, volatería, cestos, almadreñas o «zocas», aperos de labranza y utensilios domésticos. En la que se celebra hacia octubre se venden millares de varas para sacudir los castaños.

Aparte de estas reuniones periódicas de carácter local, están las grandes fiestas comunes a toda Galicia, y aun a España entera, como las de «Nadal» o Navidad, con su obligada asistencia a la «misa do galo». Algunas, bajo su acento religioso, traen el eco de pasadas pagánías, como las «lumeraidas» o «cachelles» de San Xoan o San Pedro. Quedan, por último, las convocatorias colectivas hechas con algún fin determinado de solemnidad e incluso juego, que acusan con mayor claridad la nota ancestral.

Desaparecida con la extinción del cultivo del lino la costumbre de reunirse los lugareños para la tarea común, y así las «espadelas», que convocaban a las mujeres de las aldeas a «espadar» o macerar el lino, algunas se conservan por su fin utilitario.

Tal es la *celebración de los mayos*. Es de la más poética ingenuidad. El primero de mayo agrúpanse los niños y niñas en infantiles coros, que recorren las calles y lugares casa a casa, acompañando sus canciones con panderos y sonajas. Cada grupo conduce al frente su «mayo», vestido de blanco y cubierto de ramajes entretejidos con flores. El «mayo» de florida corona suele ser uno de los niños más pequeños. Ante cada puerta se detendrá el cortejo para hacer la pregunta obligada: «¿Cantamo-l-os mayos?» El interés

mantiene la costumbre, análoga a la petición de limosnas para la Cruz de Mayo en otras regiones españolas. A cambio de sus coplas, los niños recaudan unos cuartos para golosinas.

El «folión» ha pasado a formar parte de la tradición. Fué considerado por el insigne Joaquín Costa como recuerdo de la gran solemnidad de la purificación del fuego entre los celtas. Tenía un cierto carácter misterioso y fantástico. A compás del lento ritmo marcado por la gaita, y llevando en la mano encendidas luces, una larga teoría de hombres y mujeres ascendía procesionalmente por las laderas de un monte. Llegados a la cima y formados en círculo, eran lanzados desde su centro, y en medio del silencio profundo de los concurrentes, las alegres luminarias de los cohetes. Un ruidoso regreso, que poblaba las corredoiras de «alalás» y «aturuxos», daba fin a la jornada.

Este rito extraño puede referirse, según Saralegui y Medina, a las comitivas celtas que, iluminadas por antorchas, se dirigían a los cromlechs para presenciar los sacrificios expiatorios ordenados por los druidas.

Para Carreras Candi, el origen de los «foliones», análogo al de las fallas valencianas, hay que buscarlo en la Prámatá Phallus de la India. Esto prescindiendo de la voz arábiga «falya», que significa resplandor. El culto de Brahma celebra todavía el solsticio de verano, conmemorándose con el rito del fuego, como aquí se encienden tradicionalmente en la vigilia de San Juan las típicas hogueras. Tal vez estos rituales puedan relacionarse con el culto al Sol y a la Luna (cuya más eximia representación dicese que es la «Dama de Elche») entre los iberos y con tradiciones asiáticas, prescindiendo en absoluto del celtismo.

La *costumbre de corré-l-as olas* tiene para Saralegui y Medina, siguiendo al autor francés M. Caillo, un antiguo y sangriento origen: «Según Estrabón —dice—, la isla de Batz, la Barsa insular de los latinos, estaba ocupada por

sacerdotisas drúidicas, las cuales una vez al año levantaban el techo de su templo, que debían volver a colocar en el mismo día. Si alguna dejaba caer los materiales, sus compañeras la despedaban, arrojándose sus miembros palpitantes y paseándolos alrededor del templo entre gritos de furor.»

El citado autor francés, en sus *Notes sur la Croisic*, cree haber encontrado el recuerdo de esta espantosa tradición en la costumbre de los aldeanos bretones, que narra: «El domingo de Quasimodo, los "cronicaises", colocados en círculo, hacen correr de mano en mano ollas y utensilios de barro; si alguno de ellos cae al suelo, corren hacia el culpable, imponiendo alegremente el castigo al que le creen acreedor por su descuido.»

En Galicia, el lunes de la Pascua de Resurrección, por los alrededores de los pueblos de la provincia de Lugo, en caminos y carreteras, se podían escuchar las voces y gritos juveniles de los participantes en el juego, mientras las ollas pasaban de mano en mano o volaban por los aires.

De origen medieval y acusado sentido religioso es la *celebración del "paxte-teco"* (paxtecum) o representaciones rurales de episodios bíblicos, vidas de santos... A veces, rudimentarias piezas teatrales referentes a una boda, con sus incidencias y personajes. En sus toscos argumentos late el recuerdo de los clásicos autos sacramentales, muy degenerados por el implacable paso del tiempo.

Si las costumbres y tradiciones que han quedado resumidas van siendo sólo un recuerdo, hay algo de más difícil desaparición: el conjunto de supersticiones a través de las cuales habla un pasado remotísimo, consecuencia normal de la evolución de una sociedad humana que se anticúa, pasando del rito al mito, creando la costumbre que, finalmente, se dispersa, y restando una serie de actos reflejos a modo de recuerdo, ya de difícil explicación, que poco a poco se van diluyendo hasta perder su vivencia.

Y en el Cebrero se halla el eco de

dichas supervivencias raciales, conservado con una pureza extraordinaria. Murguía lo recogió antes de que se convirtiese en las actuales «manías» y rutinas de «vellas» y «petrucios», mantenidas por inercia en los más jóvenes de la familia. Con objeto de que conserven su prístino sabor, dándonos al tiempo su propia razón, vamos a exponerlas a través del citado escritor.

Corresponden fundamentalmente a la zona de Cervantes; en ella, Murguía encuentra vestigios del culto céltico al fuego. Así, el carácter sagrado del grueso cepo o leño que se enciende en la noche de Navidad, y es conservado religiosamente durante todo el año, o sea debe ser prendido todos los días, aunque luego se apague, haciéndole arder de nuevo para que preserve al hogar en cuantas ocasiones amenace una gran calamidad, pedrisco o tormenta. Así, el hecho de que el fuego se mantenga vivo día a día (una vez apartado el leño de Navidad), cubriéndose la lumbre del hogar todas las noches, para «reanimarla» a la mañana siguiente con el rescoldo de la víspera. «Dejarlo morir —escribe Murguía— equivale a sacrilegio y se paga caro», pues es señal de desgracia, mal augurio que llena de aprensión y disgusto a los habitantes de la vivienda.

Considérase como pecado escupir en el fuego, porque creen que éste «salió por la boca del Angel», lo que para Murguía refleja la creencia védica que hacía del fuego el dios Agni, padre del cielo y de la tierra.

Tal vez tenga relación con estas supersticiones la antigua costumbre de los campesinos de recorrer los montes el 29 de abril, blandiendo haces encendidos y entonando este himno:

*Alumea pai,
cada gran seu toledau;
alumea fillo,
cada espiga seu pantrigo;
alumea o liño,
cada freba seu cerraño.*

«El carácter de deidad protectora del fuego —continúa Murguía— se conserva entre los sencillos montañeses de la región.» Se le rinde un verdadero culto, presentándole ofrendas, y si alguno es afligido por tribulaciones, quédase solo ante él, y avivándole, le dirige su imprecación o súplica. En determinados días del año ofrécenle flores; cuando cuecen pan le dan su porción, y al comer (junto al fuego, según costumbre), no sólo las oraciones, antes y después de la comida, parecen dirigidas a él, sino que incluso arrojan a las brasas algunas cucharadas de «grasa» (manteca de cerdo), y así que se levanta la llama, dicen que el «fuego se alegra». Nada sucio se echa a la lumbre, en especial cáscaras de huevo, porque con ellas quemaron a San Lorenzo. Y añaden: «S'hey de come-l-os ovos qu'é o mellor, non ll'hey de dá-l-as cascas, qu'é o peor.» Hay más aún: la pureza del fuego del hogar debe respetarse y mantenerse a todo trance, y los campesinos velaban por que ninguna acción culpable o simplemente impura se cometiese en su presencia; de aquí la práctica constante de cubrir el fuego con ceniza en las «pallozas» cuando pernoctaban matrimonios. Si de novios el mozo solicita a la novia, ésta responde: «¡Home, que nos ve o lume!», con lo cual no sólo le personifican y dan una conciencia, sino que le miran como ser superior al cual no debe ofenderse y sí tenerle propicio.

Al culto del fuego unen el del sol, «alma de la Naturaleza y fuente de toda vida». De aquí el culto a la aurora, que ocupa lugar tan preeminente en el panteón védico, y por más que Pietet dude que las mitologías célticas conserven restos de él, allí se encuentran, como para indicar una vez más las lejanas fuentes de donde derivan nuestras costumbres y tradiciones populares. Tan pronto la activa montañesa ordeña las vacas, apresúrase a ofrecer a la aurora las primicias, poniendo una «cunca» de leche en la ventana que mira a

oriente y es herida primero por sus fulgores.

Y más adelante aún: «Bajo el nombre de "estrella panadeira" recibe el lucero de la mañana su ofrenda en las citadas montañas de Cervantes. Nunca amasa su pan la laboriosa ama de casa que no ofrezca, antes de la cocedura, una torta a la estrella matutina, Venus, poniéndola en la ventana que mira a oriente, ventana que en aquellos lugares puede ser un verdadero altar de oblaciones.»

El nombre de «estrella panadeira» se aplica al planeta Venus porque reparte la abundancia de pan hacia donde aparece. «Si se ve hacia Castilla, aquí habrá la abundancia, y si hacia Galicia, es éste el país favorecido», nos explica Rodríguez López.

La luna tiene una vieja raigambre campesina. De remoto culto, que también tuvo eco en nuestros días, su valor actual está en que determina como una especie de almanaque celestial y nocturno la época de ciertas faenas del campo. «La luna de enero es la mejor para matar los cerdos; su creciente, para salarlos, si se quiere que crezca la carne en el pote, y el menguante, si se quiere que no críe gusanos. La luna de marzo es inmejorable para podar árboles.» Y, en general, conviene cortarse el pelo y podar los robles en creciente, dejando la poda de castaños para el menguante.

Quedan por examinar las costumbres y actos que caen dentro del ritmo habitual de la vida; vida humilde, sencilla y campesina si las hay.

*¡Non hay como ser pobriño
pra saber o que é un escano,
e o que valen dous tizons
e unha cunquiña de caldo!*

Y ya que ha salido el acreditado caldo, comencemos por hablar de la alimentación, siempre frugal, que los «de-liquios culinarios» de empanada, lacón, etcétera, se estilan en los días que repican gordo o entre familias acomoda-

das. Abre boca el pan en sus diferentes manifestaciones: la amarilla «borona» de harina de maíz; a veces, el «pan-trigo» o «molete»; en la montaña, el pan de centeno o la «mistura» con mezcla de aquel cereal y maíz. Al desayuno, leche o «papas», «ovos», tortilla, sardinas de vez en cuando para alegrar la monotonía del siempre bien recibido caldo o «pote» en comida y cena. Un pote más o menos sustancioso, según las épocas y proximidad de la matanza del «cocho» o «quiño», pero más bien modesto que parecido al descrito por Rosalía.

*... mentras no lar ó pote sarpuente
c'as ricas berzas á cachón fervía.
As fabas y as balocas xuntamente
có touciño sobroso nel se vía,
en compañ'amigable e farturenta
qu'alegra, que convida e que sustenta.*

Aunque bien acompañado de pan cumple su cometido, que «caldo sin pan no inferno ó dan».

Importantes en los «fastos» lugares son los días de matanza. ¿Cuándo? Nos lo dice el refranero: «San Andrés, Santo Tomé, agarra ó cocho po-lo pé.» Y la «alegría» de la matanza nos la cuenta Rosalía:

*Candos d'os porcós á matanza viña,
¡qu'amabre chamuscar nas limpas eiras
o despertar de fresca mañanciña!...
¡Qu'alegre fume antr'olmos e filgueiras,
olendo a cocho pó-los aires iña!
¡Qu'arremangar d'as nenas mondon-
[gueiras!
¡Qu'ir e vir dend'o banco hastr'á cociña!
Y aló no lar, ¡qué fogo, qué larada!
¡Qué rica é qué ben feita frisolada!*

Y cerramos la mención alimenticia indicando que el consumo de «torrexas» es obligado en días de fiesta.

El valor campesino de toda Galicia, y desde luego de la comarca, nos lo da su refranero. De mes en mes y de santo en santo podemos seguir las actividades de sus habitantes:

«Febreríño corto c'os teus días veinte-oito, si duras más catro, non para can ni gato.»

«No marzo, espigarzo, abrigo, noces e pan trigo.»

Entre marzo y abril, «sal o cuco do cubil que có á neve non quer vir».

En abril, «auguas mil e déixame dormir».

En mayo, «inda bebe o boy no prado e á vella queima o tallo».

Y así sucesivamente. Y lo mismo si nos pasamos a los santos:

«Día de San Nicolao, está o neve de pao en pao.»

Agua en «San Xoan, tolle o millo e non da pan», y «á sardiña molla ó pan».

Por Santa Erea, «toma os bois e semea».

Por «San Martiño, nin fabas nin viño».

San Mateu, «vendimia ti, vendimiaréi eu»...

De carácter jurídico es la costumbre del «fabeo» o «varadio», que consiste en lo siguiente, según don Eduardo Rosón: «Hay en cada aldea varios pagos o heredades que pertenecen a varios vecinos proindiviso, los cuales los suelen aprovechar en rotación periódica, sorteándose cada año la parte que corresponde a cada uno. Para determinar ésta supónese dividido el término en un cierto número de varas (generalmente, de 24 a 36), cada una dividida a su vez en doce partes o palmos, asignando a cada vecino, según costumbre y posesión, el número de varas y palmos que le pertenecen, y adjudicándole las parcelas que por suerte le correspondan. Al recoger la cosecha continúa la proindivisión, curiosísimo ejemplo de propiedad colectiva, cuyo origen, por lo antiguo, nadie puede determinar.»

Del resto de los actos sociales lugareños, los bautizos y bodas, no revisiten la importancia que en otras regiones españolas. Los primeros contactos entre los futuros esposos suelen consistir en la «regueira» o «parrafeo», diálogo vivo, chispeante, en ocasiones malicioso, entre el «rapaz» y la «moza».

A veces degenera y ambas partes «contendientes» echan una «loita», como si de dos hombres se tratase..., y no siempre queda bien parado el sexo masculino. Las fuentes o ríos donde acuden ellas por agua o a lavar la ropa; las «ruedas», en las que se encienden desahíos entre hombres y mujeres por medio de improvisadas coplas; las romerías, los encuentros concertados o imprevistos en el molino o el prado, van tejiendo los amores, como nos cuentan las coplas:

*Maruxiña, dam-un bico,
que chei de dar un pataco, ¡ei!*

*Non quero bicos dos homes
que me cheiran o tabaco, ¡ei!*

*Vin a xan tras d'un palleiro
onte pol-a madrugada.
Estaba con una nena
déronlle mala espiñada.*

En ocasiones interviene en los asuntos amorosos el casamentero o «chufón», cuya misión es poner en relación o de acuerdo a las familias de los futuros esposos. «Os concertos» o esponsales se celebran con una comida familiar y la correspondiente fiesta, cuyo rango está en relación con el acomodo de los contrayentes. También de esto depende que tengan casa propia, construyéndola, o se queden en la «petrucial». Al fin y al cabo, como ocurre en las grandes capitales, y eso que allí no existe el pavoroso problema de la vivienda.

Son muy notables, en cambio, las costumbres referentes a los entierros. Suspendidas por intervención de la Iglesia las llamemos «comilonas» mortuorias y y el petitorio que las acompañaba, se caracterizan por el hecho de efectuar la triste ceremonia de dar sepultura al muerto, al anochecer, encaminándose con gran lujo de luces por campos y caminos hacia el cementerio. Tal vez esta costumbre y el «folión» antes des-

crita hayan contribuído a mantener la creencia en la «Santa Compañía». En algunos lugares acuden al sepelio «as choronas» o «chorandeiras», plañideras a sueldo. En otros, los momentos más emotivos han de ser subrayados por el «pranto» o «pranteo», llanto colectivo y desesperado.

Costumbre muy curiosa en los velatorios de difuntos, combatida con toda razón por la Iglesia, fué la conocida por el nombre de «O Avellón». Tenía un origen pagano, inspirado en el rito de danzar cantando en derredor de los muertos. Después del obligado y bien «regado» «tente en pie», los invitados al fúnebre acto van a visitar al difunto, girando a su alrededor cogidos de las manos e imitando con la boca el zumbido del abejorro. El detenerse o dejar de zumbiar es de mal augurio, pudiendo ocasionar la próxima muerte del culpable.

Alfredo Brañas nos describe el rito, que recoge Jesús Rodríguez López, aunque haciendo la salvedad de no haber tenido noticia de su celebración en la provincia de Lugo; pero es tan curioso que no podemos resistir a la tentación de incluirlo. Dice así:

*Collidos pol-a man os concurrentes
e fungando baixiño y entre os dentes
foron, da morto, á triste habitación,
e voltando arrededor da defuntiño,
o vello, a vella, o mozo e a moziña
fungaban como funga un avellón.*

*¡Pobre d'aquel que dese algunha fala
ou de bullir deixase pol-a sala!
¡Sinal era de morte non fungar!...
As honras do avellón son tan precisas
como son para o crego moitas misas
y-o gando y-o ligón para labrar.*

Relación en el culto a los difuntos tiene también la arraigada costumbre de los cruceros. Estas cruces, llamadas de ánimas, jalonan toda la tierra gallega, y en ella encuentran su origen los humilladeros o «santillos». En devoto recuerdo de los que fueron, los viandan-

tes arrojaban en su base una piedra del camino.

Que los difuntos gallegos eran, según creencia popular, bastante «inquietos», o los vivos algo desmemoriados, nos lo explica Barreiro, que cuenta cuáles fueron las convicciones campesinas en la Galicia de hace una cincuentena de años: «Cuando, de noche, el terrible gato negro maúlla sobre el tejado de la vivienda y la "marta" revolotea en torno de la lámpara para chupar el aceite; cuando las campanas de la parroquia, movidas por el fuerte vendaval, suenan a largos intervalos lúgubrememente, como a toque de difuntos, entre la tempestad andan los espíritus infernales. Entonces también suelen caer las piedras por las altas chimeneas y se escuchan los ayes de las almas en pena, que piden misas y gritan a los vivos parientes (quizá dentro de las conciencias) con voz vibrante y quejumbrosa: «¡Restituid!» Los fuegos fatuos que se observan en el atrio de las iglesias simulan paseos nocturnos de fantasmas. Oyense, lejanos y tenues, los cantos funerales de la célebre «Compañía». A medianoche se abren las iglesias por mano invisible y los cadáveres resucitan para subir al campanario y tocar a misa de ánimas cuando la suya está en el purgatorio; pero cuando el alma del que tocaba estaba en el infierno, llamaba para que le fuesen a rasgar el hábito que vestía, pues por estar bendito no le era posible cumplir su condición eterna.»

En cuanto a la «compañía», ¡desgraciado mortal el que, sorprendido por la espantable y noctívaga comitiva de ánimas, se veía obligado a presenciarla! La muerte o la locura eran casi siempre el pago de su obligada caridad. Por eso, sin duda, apenas se encontraban otros supervivientes de la atroz experiencia que los que eran conocidos como «adrolleiros» o «argallantes» (trapalones, embusteros). El desventurado director habría de portar la cruz y el caldero del agua bendita, sintiendo a sus espaldas el chisporroteo de las fúnebres luces y

percibiendo el olor de la cera quemada. Y así, «estarecido», «apavorecido», envuelto en el airecillo sepulcral de la macabra procesión, debería caminar y caminar sin volver jamás la cabeza, hasta que el encuentro (tan afortunado para él como desgraciado para el otro) con un ser humano «viviente», y el correspondiente trueque de caldero o cruz, le relevase de tan impresionante cometido.

Y con esto damos fin al presente capítulo, en el que se ha intentado reflejar en rápidas pinceladas lo que constituye en la Galicia campesina la entraña del modo de vivir de sus habitantes, ya que, si se ha estudiado especialmente el partido de Becerreá, lo manifestado en relación con creencias, costumbres y supersticiones puede aplicarse a toda la Galicia del interior, montaña y rural al par.

DESPEDIDA

Salimos con tristeza de Galicia, haciéndonos el firme propósito de volver para estudiar entonces su versión marinera: tras la montaña, recogida, encerrada en sí misma, difícilmente aseQUIBLE, el «Finis terrae» de sus costas y el mar, que al par une y separa.

Salimos con tristeza de Galicia, despidiéndonos con dolor de un pueblo que sabe hacer vibrar su entraña campesina con la fe y altura que dice la canción:

*O pouco que Dios me dou
cabe n-unha man pechada;
o pouco con Dios é moito,
o moito sin Dios é nada.*

Y como afirmación de este propósito de regreso y expresión de «saudade» (la tan gallega «morriña»), acabemos con otra cantiga:

*Anque me vou non me vou,
anque me vou non te olvido,
anque me marchó c-o corpo
aquí me queda o sentido.*

INDICE

	Págs.
Alborada	3
Portelo: A modo de introducción	3
Breve resumen histórico	6
Vestimenta	14
Arquitectura	17
Costumbres, fiestas y supersticiones	19
Despedida	29

TITULOS PUBLICADOS

- | | |
|---|---|
| N.º 1.—Vista, suerte y al toro. | N.º 52.—Cataluña. |
| N.º 2.—Fiestas y ferias de España. | N.º 53.—La Marina Mercante. |
| N.º 3.—Artesanía. | N.º 54.—Las «checas». |
| N.º 4.—Los territorios españoles del Golfo de Guinea. | N.º 55.—El mar y la pesca. |
| N.º 5.—El crucero «Balears». | N.º 56.—Rosales. |
| N.º 6.—Falla, Granados y Albéniz. | N.º 57.—Hernán Cortés. |
| N.º 7.—Conquista por el terror. | N.º 58.—Españoles en Argelia. |
| N.º 8.—España en los altares. | N.º 59.—Galicia y Asturias. |
| N.º 9.—La gesta del Alto de los Leones. | N.º 60.—Leyes fundamentales del Reino. (Tercera edición.) |
| N.º 10.—Ex combatientes. | N.º 61.—Medicina del Trabajo. |
| N.º 11.—La batalla de Teruel. | N.º 62.—El cante andaluz. |
| N.º 12.—Vida y obra de Menéndez y Pelayo. | N.º 63.—Las Reales Academias. |
| N.º 13.—Residencias de verano. | N.º 64.—Jaca. |
| N.º 14.—Españoles esclavos en Rusia. | N.º 65.—José Antonio. |
| N.º 15.—La batalla del Ebro. | N.º 66.—La Navidad en España. |
| N.º 16.—Clima, suelo y agricultura. | N.º 67.—Canarias. |
| N.º 17.—Eliminados. | N.º 68.—El bulo de los caramelos envenenados. |
| N.º 18.—La batalla de Brunete. | N.º 69.—Rutas y caminos. |
| N.º 19.—La industrialización de España. | N.º 70.—Un año turbio. |
| N.º 20.—La casa tradicional en España. | N.º 71.—Historia de la segunda República. |
| N.º 21.—El general Yagüe. | N.º 72.—Fortuny. |
| N.º 22.—Museos. | N.º 73.—El Santuario de Santa María de la Cabeza. |
| N.º 23.—Oviedo, ciudad laureada. | N.º 74.—Mujeres de España. |
| N.º 24.—Frente del Sur. | N.º 75.—Valladolid (la ciudad más romántica de España). |
| N.º 25.—División Azul. | N.º 76.—La Guinea española. |
| N.º 26.—Donoso Cortés. | N.º 77.—El general Varela. |
| N.º 27.—Regeneración del preso. | N.º 78.—Lucha contra el paro. |
| N.º 28.—La «semana trágica» de Barcelona. | N.º 79.—Soria. |
| N.º 29.—Calvo Sotelo. | N.º 80.—El aceite. |
| N.º 30.—Bordados y encajes. | N.º 81.—Eduardo de Hinojosa. |
| N.º 31.—Seis poetas contemporáneos. | N.º 82.—El Consejo Superior de Investigaciones Científicas. |
| N.º 32.—El general Mola. | N.º 83.—El marqués de Comillas. |
| N.º 33.—Mapa gastronómico. | N.º 84.—Pizarro. |
| N.º 34.—Orellana, descubridor del Amazonas. | N.º 85.—Héroes españoles en Rusia. |
| N.º 35.—«Yo, el vino». | N.º 86.—Jiménez de Quesada. |
| N.º 36.—El teatro. | N.º 87.—Extremadura. |
| N.º 37.—Víctor Pradera. | N.º 88.—De la República al comunismo (I y II cuadernos). |
| N.º 38.—El Alcázar. | N.º 89.—De Castiblanco a Casas Viejas. |
| N.º 39.—Onésimo Redondo. | N.º 90.—Raimundo Lullio. |
| N.º 40.—Ciudades de Iona. | N.º 91.—El género lírico. |
| N.º 41.—Nuestro paisaje. | N.º 92.—La Legión española. |
| N.º 42.—Fray Junípero Serra. | N.º 93.—El caballo andaluz. |
| N.º 43.—Pedro de Valdivia. | N.º 94.—El Sahara español. |
| N.º 44.—Andalucía. | N.º 95.—La lucha antituberculosa en España. |
| N.º 45.—Marruecos. | N.º 96.—El Ejército español. |
| N.º 46.—Agricultura y Comercio. | N.º 97.—El Museo del Ejército. |
| N.º 47.—Escritores asesinados por los rojos. | |
| N.º 48.—Balears. | |
| N.º 49.—El comunismo en España. | |
| N.º 50.—Luchas internas en la Zona Roja. | |
| N.º 51.—Navarra. | |